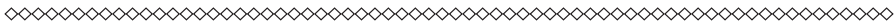




# OBISPO





## OBISPO

## HOMILÍAS

**Misa de apertura de Curso en los Seminarios  
y en los centros académicos de la Iglesia en Ourense**

*Capilla del Seminario Mayor del Divino Maestro. 1 de octubre de 2018.*

Saludo a los Ilmo. Sres. Rectores de los Seminarios Mayores Diocesanos del Divino Maestro y del Redemptoris Mater. Del Seminario Menor de La Inmaculada.

Igualmente saludo cordialmente a los Ilmos. Sres. Directores del Instituto Teológico Divino Maestro, del Centro de Ciencias Religiosas San Martín y del Instituto da Familia.

Ilmas. Autoridades aquí presentes.

Sres. Profesores y profesoras de los diferentes claustros académicos.

Mis queridos seminaristas.

¡Hermanas y hermanos en el Señor!

Este año la inauguración oficial del curso académico coincide con la memoria litúrgica de santa Teresa del Niño Jesús, virgen y doctora de la Iglesia. Esta providencial circunstancia nos puede dar la clave para este nuevo curso 2018-2019 en el que, ya en un principio nos encontramos con una serie de acontecimientos que afectan a la vida de la Iglesia Universal y a nuestra Diócesis, me refiero al comienzo de la XV Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos que se celebrará en Roma del 3 al 28 de octubre; es decir, pasado mañana dará comienzo esta reflexión sobre *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional*. Y, en nuestra Iglesia particular, comenzaremos la segunda etapa de nuestro Sínodo Diocesano. Os ruego encarecidamente que ambos acontecimientos los tengáis presentes en vuestras oraciones y sepáis ofrecer el sacrificio positivo de horas extra de estudio intenso como valioso sacrificio por el éxito de estos dos proyectos eclesiales.

Hermanos míos: acabamos de escuchar en la proclamación de la Palabra de Dios cómo la profecía de Isaías nos hace una invitación al gozo y a la alegría; esto es así porque somos y tenemos que vivir como peregrinos fascinados por el amor de un Dios misericordioso que desea dirijamos nuestros pasos hacia la nueva Jerusalén, la ciudad de la paz, en donde no habrá llanto, ni dolor, ni muerte. El gozo y la alegría son consecuencia de la esperanza en la vida eterna, que el texto nos refiere con la frase de que nuestros *huesos florecerán* porque estamos llamados a ser como ángeles ante Dios. Pero este gran proyecto cargado de un sentido po-

sitivo sólo lo podemos acoger si *nos hacemos pequeños como los niños* (cfr. Mt 18, 1-5); sólo así seremos capaces de abrir nuestra existencia a la auténtica conversión. Porque, conviene que sea honesto y sincero con vosotros, y no os engañe; ahora que comenzamos el curso tenemos que saber descubrir que la mejor ciencia que debemos aprender es aquella que nos ayuda a conseguir la perfección, plenitud personal, es decir la ciencia de la santidad.

Para aprender este camino la Iglesia como madre y maestra nos ofrece el Evangelio de Jesucristo como regla de vida y, para que no caigamos en la tentación de pensar que eso es inasequible para nosotros, nos presenta la vida de los santos, porque ellos son los mejores hijos de la Iglesia: el rostro más hermoso de la Iglesia. Y no esos otros que nos ofrecen algunos medios de comunicación pretendiendo convertir a la Iglesia en un contenedor de basura lleno de corruptos. ¡No! Esa no es la Iglesia. El auténtico rostro de la Iglesia, como os he dicho, son los santos. Hoy se nos ofrece el testimonio de esta mujer que murió muy joven y que es copatrona de las misiones y doctora de la Iglesia; nos ha dejado una doctrina espiritual de suma sencillez y un camino evangélico para que pueda ser recorrido por cualquier persona: el camino de la infancia espiritual que confiere un valor de trascendencia a las cosas pequeñas que realizamos a lo largo de nuestra jornada.

Pero los más jóvenes me diréis: Sr. Obispo ¡nos propone como ejemplo a una monja de clausura! ¡Una carmelita descalza!

Pero quisiera deciros algo a los más jóvenes que os encontráis en esta capilla del Seminario. Con motivo de este que estamos llamando *Sínodo de los Jóvenes* que comienza el próximo día 3 de este mes; los organizadores de este evento han buscado el rostro de gente muy joven que ha tomado en serio el Evangelio de Jesús en su vida para que os pueda servir de modelo a vosotros. Muchos de ellos han recorrido durante muy poco tiempo el camino del Evangelio con una auténtica santidad de vida como la santa carmelita cuya fiesta hoy celebramos.

En el marco de esta Eucaristía de comienzos de curso quisiera proponeros, especialmente a vosotros, los más jóvenes la vida de uno de vuestra edad que ya ha sido declarado por la Iglesia venerable, en su proceso de canonización.

¿Habéis oído hablar de Carlo Acutis?

Carlo Acutis fue un muchacho italiano que murió con sólo 15 años de edad a causa de una leucemia fulminante, dejando en la memoria de todos los que le han conocido una profunda admiración por su breve y a la vez intenso testimonio de vida auténticamente cristiana. Sabemos que desde que recibió la Primera Comunión a los 7 años de edad, jamás faltó a la Eucaristía dominical y festiva; es más, nos dicen los que le han conocido, que antes o después de la Santa Misa, se quedaba delante del sagrario para adorar y hablar a Jesús presente realmente en el Santísimo Sacramento; es más, estaba convencido de que *estando ante Jesús Eucaristía uno se convierte en santo*. La modernidad y la actualidad de Carlo

se conjugan perfectamente con su profunda vida eucarística y devoción mariana, que han contribuido a convertirlo en un chico muy especial al que todos admiraban y querían.

Quisiera ofreceros unos pensamientos que nos pueden servir a todos al comienzo de este curso y de nuestros trabajos pastorales: clases, actividades deportivas, catequesis, participación en los grupos sinodales, etc. Carlo decía que ***nuestra meta debe ser el infinito, no el finito. El Infinito es nuestra Patria. Desde siempre el Cielo nos espera.*** Y viendo cual era el tenor de vida de muchos de sus coetáneos, tanto chicos como chicas, decía: ***Todos nacen como originales pero muchos mueren como fotocopias.*** Para indicar que muchos se contentan con copiar a los que destacan en el ámbito de deporte o de la música, o por otras causas, pero no son conscientes de su originalidad personal. Él con el tenor de su vida les invitaba a dirigirse hacia esta meta: la santidad, el cielo, y no ***morir como fotocopias.*** Para perseverar en el camino cristiano de la vida él decía que la ***brújula de un cristiano*** tiene que ser siempre la Palabra de Dios, con la que tenemos que confrontarnos constantemente. Y para conseguir esa meta tan elevada a la que estamos llamados, hacen falta medios muy especiales: los Sacramentos y la oración. En especial Carlo situaba en el centro de su vida el Sacramento de la Eucaristía que llamaba ***mi autopista hacia el Cielo.***

Este muchacho estaba dotado de unas cualidades excepcionales para todo lo que está relacionado con el mundo de la informática, hasta tal punto que tanto sus amigos como los adultos licenciados en Ingeniería Informática lo consideraban un genio. Todos se quedaban maravillados por su capacidad de entender los secretos que oculta la informática y a los que sólo tienen acceso quienes han realizado estudios universitarios. Los intereses de Carlo abarcaban desde la programación de ordenadores, pasando por el montaje de películas, la creación de sitios web, los periódicos de los que se ocupaba también de la redacción y la maquetación, al voluntariado con los más necesitados, los niños y los ancianos. Ya muy enfermo como no podía asistir a clases y salir con los amigos a jugar a fútbol que le entusiasmaba, montó varias exposiciones sobre diversos temas. ¡Ahí fue donde supe de la existencia de este muchacho! Cuando pude visualizar la exposición sobre los milagros eucarísticos que tuvieron lugar a lo largo de la historia, también recoge los que acaecieron en Galicia y en España. Os aseguro que es un material catequético y apologético muy interesante.

Resumiendo, Carlo Acutis, como la española Montse Grases, Matteo Farina, etc. son algunos de los nombres de jóvenes que han tomado el Evangelio de Jesús como guía y llegaron a la meta. El joven del que os he hablado en lugar de la homilía correspondiente fue un misterio del amor de Dios a los hombres; un prodigio de la gracia que sin hacer apenas ruido, luchando en lo de cada día, acogiendo el Evangelio como un niño - como nos recuerda hoy san Mateo - fue

capaz de ofrecer antes de morir su sufrimiento por el Papa y la Iglesia.

Como en la vida de cualquier cristiano la Virgen era su gran confidente y no dejaba de honrarla rezando cada día el Rosario. Hoy mismo comienza el mes de octubre y el Santo Padre Francisco nos pide a todos los hijos de la Iglesia que recemos el Rosario para unirnos así *en comunión y penitencia* - dice Él - *como Pueblo de Dios, para pedir a la santa Madre de Dios y a san Miguel Arcángel que protejan a la Iglesia del diablo, que siempre pretende separarnos de Dios y entre nosotros.*

Y nos encomienda el papa que concluyamos nuestro Rosario repitiendo la antiquísima oración del *Sub tuum praesídium...* con la quiero finalizar mis palabras:

*Bajo tu amparo nos acogemos, santa Madre de Dios; no deseches las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades, antes bien, libranos de todo peligro, ¡oh, siempre virgen, gloriosa y bendita!*

Aprenderla y repetirla muchas veces. No sólo durante este mes de octubre como dice el papa, sino siempre, porque esta tormenta que está sacudiendo a la Iglesia no pasará pronto, y si pasa, vendrá otra. Pero no os olvidéis de aquello que Jesús prometió a san Pedro: *el poder del infierno no la derrotará* (Mt 16, 19).

## Solemnidad de la Virgen del Pilar, Patrona de la Guardia Civil

*Catedral de San Martiño de Ourense, 12 de octubre de 2018.*

Sr. Subdelegado del Gobierno,  
Sr. Presidente del Parlamento de Galicia,  
Sr. Subdelegado de Defensa en esta Provincia,  
Sr. Alcalde de la Ciudad,  
Sra. Delegado da Xunta de Galicia,  
Sr. Vicepresidente de la Diputación Provincial,  
Sres. Senadores y Diputados de las Cortes,  
Sres. Diputados del Parlamento de Galicia.

Saludo con especial afecto a los Jefes y oficiales y demás miembros de la Guardia Civil y a los representantes de las demás fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado.

Hermanas y hermanos míos en el Señor. Fieles devotos de la Santísima Virgen del Pilar.

Con alegría y esperanza, este antiquísimo templo que hoy os acoge con gozo para vivir juntos esta fiesta de Santa María, Señora del Pilar, ha sido, y sigue siendo un centro en donde se ha experimentado la ternura y el perdón de Dios a lo largo de este curso, sino desde sus orígenes, porque la misericordia es la viga maestra de la Iglesia y María, la Madre del Señor, ha sido una de las expresiones más vivas y cercanas de la ternura de Dios desde los primeros momentos de su historia. La antigua sede del Obispo de Ourense estuvo desde siempre consagrada a la Madre de Dios, podemos afirmar que después del concilio de Éfeso, celebrado en el año 431, en donde se definió la maternidad divina de María, fue esta Catedral uno de los primeros templo consagrados a Santa María Madre. Desde aquellos primeros momentos, que se pierden en los comienzos mismos de la historia, no sólo de este templo, sino de esta ciudad, los reyes, junto con los obispos de la sede Auriense y todo el pueblo católico que comenzó a poblar esta ciudad gracias a los beneficios reales y episcopales que como un auténtico incentivo lograron que paulatinamente se fuese constituyendo en un anticipo de la ciudad moderna que hoy es. No entendemos pues como algunos de nuestros líderes apoyándose en la praxis de las llamadas inmatriculaciones han hecho correr el infundio de que la Iglesia roba al pueblo sus propiedades. Vosotros, los hombres y mujeres de la Guardia Civil, que sois los defensores y garantes de los derechos y deberes de los ciudadanos en un estado democrático como el nuestro, sabéis muy bien el daño irreparable que causan a las personas y a las instituciones los infundios y, a veces calumnias, en ocasiones gratuitamente y, en otros momentos, perfectamente planificadas, cuando no intencionadas, generan actitudes de rechazo

y una reviviscencia de formas de jacobismo decimonónico o de anticlericalismo trasnochado. La Iglesia no pide privilegios, sólo solicita que en la actualidad se le respete su autonomía y no se le juzgue por sucesos o acontecimientos del pasado que casi siempre obedecían a las circunstancias del momento que condicionaron la forma de actuar del pueblo y de sus instituciones.

También yo, a los pocos meses de mi llegada a esta Diócesis, matriculé este edificio sacro que nos acoge, de acuerdo con la ley vigente en aquel momento, y ninguna institución sería lo censuró, salvando algunos individuos particulares que guardan a la Iglesia y a los eclesiásticos un afecto especial y siempre nos obsesionan con sus críticas, cosa que acogemos y respetamos, aunque, como es obvio no podemos aceptar por falta de autenticidad.

Hoy estamos celebrando la presencia de esta devoción en la vieja Hispania, una presencia antiquísima que se remonta a la época apostólica y se vincula con la memoria del Apóstol Santiago en las tierras de Hispania. Es una tradición multiseccular que ha dejado su huella en la historia religiosa y cultural de nuestro pueblo, de hecho a ella se le denomina *Madre de España*. Por otra parte, desde aquel histórico evento del 12 de octubre de 1492, esta fiesta se convirtió en el Día de la Hispanidad, aspecto éste que algunos de nuestros contemporáneos rechazan, ignorando los auténticos motivos que este nombre supone de religiosidad, de cultura y de fraternidad con los pueblos de Iberoamérica. Es más, llegan a afirmar algunos de nuestros conciudadanos, dejándose llevar de la deconstrucción histórica a la que ya estamos habituados, que es un hecho creado hace tan solo unos cincuenta años. Sin embargo, las raíces de un pueblo no se construyen de un momento para otro, y nadie puede negar que la presencia de Santa María en nuestras tierras, desde el comienzo de su unidad nacional, la haya convertido en tierra de María a lo largo de los siglos. Y para ello no necesitamos documentos, sino tan solo abrir la inteligencia de nuestros corazones a tantos testimonios vivos de nuestra fe.

Ya en otras ocasiones, en este mismo lugar y con ocasión de esta vuestra patrona, os recordé las palabras que san Juan Pablo II llegó a decir, delante de la imagen del Pilar: *¡Qué pequeña eres, pero qué influencia tan grande tienes!* Y así es efectivamente. Los 36 cm. de la imagen de la Virgen del Pilar, sobre una columna de jaspe de 1.70 m., parecen la viva expresión material de lo que rezamos en la oración litúrgica del Magnificat: *Ha mirado la pequeñez de su sierva... Ha hecho grandes cosas por mí.*

En los textos litúrgicos que nos ofrece la Misa de este día, la primera lectura que hemos proclamado son los versículos 12-14 del capítulo 1 de los Hechos de los Apóstoles. Después de enumerar a los once apóstoles, entre ellos está Santiago el Mayor, el autor sagrado nos dice que estaban en oración con *María, la madre de Jesús*. Presencia aparentemente discreta, de segundo plano. María, como



perdida entre aquellos discípulos y discípulas que siguen desconcertados por la ascensión de Cristo, pero ¡qué fuerza emana de esas palabras!: *María la madre de Jesús*. Decía san Juan Pablo II: *Doy fervientes gracias a Dios por la presencia singular de María en esta tierra española donde tantos frutos ha producido*.

Y el Evangelio es también corto y significativo: una mujer que levanta la voz declarando dichosos el vientre y los pechos de la madre de Jesús. Y el mismo Señor replica: *Mejor: ¡dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen!* Elogio que se aplica en primer lugar y plenamente a María, la *dichosa por haber creído*; pero que se siente más dichosa todavía al poder *dar* a todos los hombres y mujeres de este pueblo ese Jesús concebido en su vientre, a ese Jesús que es el *Evangelio vivo*, y no nos olvidemos, que donde se proclama este Evangelio se regenera un auténtico progreso y con él la defensa de los derechos inalienables del ser humano se reconocen, se protegen y se defienden. Eso mismo he podido comprobar personalmente a lo largo de esta última semana - he llegado ayer noche - de recorrer los primeros lugares europeos en donde fue predicado el Evangelio de Jesucristo: desde Tesalónica hasta Atenas, bajando después a Corinto. Es curioso, en la mayor parte de aquellos lugares sólo quedan los testimonios arqueológicos de mundo clásico y aquellos santificados por la presencia de san Pablo. Lo mismo acontece con la presencia de la evangelización en nuestros pueblos y allende nuestras fronteras. Porque el Evangelio es una fuerza cargada de un profundo dinamismo que se expande sin imponerse en todos los ambientes, de ahí que nos recordaba el mismo san Juan Pablo II, camino de Santo Domingo: *Brilla aquí en la tradición firme y antiquísima del Pilar la dimensión apostólica de la Iglesia en todo su esplendor (...) La fe que los misioneros españoles llevaron a Hispanoamérica es una fe apostólica heredada de la fe de los apóstoles, según venerable tradición que aquí junto al Pilar tiene su asiento*.

La columna sobre la que se mantiene, firme y erguida, la pequeña y delicada imagen de la Virgen, está cargado de simbolismo, porque nos recuerda que, en las noches oscuras de los cristianos,- como en los momentos actuales que estamos viviendo en nuestra patria en donde **lo cristiano** parece que quieren convertirlo en una realidad enemiga de los derechos del ser humano, y algunos de nuestros conciudadanos, que aun sintiéndose muy democráticos, pretenden arrancar de la piel de nuestra historia los jalones fundamentales que la hicieron grande y la convirtieron en una nación universal-, a la Virgen del Pilar, *Madre de España*, vuestra celestial Patrona, le pedimos que nos conceda la fuerza y la valentía necesaria para mantener viva la luz de la fe en nuestro Pueblo. La oración colecta de la fiesta de Nuestra Señora del Pilar es una obra maestra de síntesis, con un rico contenido teológico y sencilla plegaria:

*Dios todopoderoso y eterno, que en la gloriosa Madre de tu Hijo has concedido un amparo celestial a cuantos la invocan con la secular advocación del Pilar, concédenos,*

*por su intercesión, fortaleza en la fe, seguridad en la esperanza y constancia en el amor.*

Innumerables han sido los que han recibido, de la Virgen del Pilar, fortaleza en la fe. Ya en los primeros siglos del cristianismo nos encontramos con santa Engracia de Zaragoza y sus 18 compañeros mártires, fuertes en la fe durante la persecución de Diocleciano, en el año 304, ellos sufriendo con entereza los más atroces suplicios por mantener intacta la fe de su bautismo y el amor a María. Estas son páginas reales, atestiguadas por la historia crítica que no se puede negar a base de afirmaciones sesgadas, sin ningún rigor histórico y que aparecen destacadas en nuestros días en las páginas de nuestro diarios. Ahí leemos afirmaciones de que ni existieron los mártires, ni el mismo Cristo fue un personaje histórico. Todas estas afirmaciones, a base de publicarlas repetidamente o de convertirlas en programas que se presentan bajo la cobertura de documentos científicos, confunden a nuestros hermanos más débiles en la fe, e ideologizan a nuestros niños y jóvenes en los que paulatinamente van desapareciendo los fundamentos esenciales de los valores y de su misma historia individual y nacional.

De ahí que en la oración que el papa pronunció a los pies de la pequeña imagen del Pilar, llegó a afirmar: *Virgen Santa del Pilar: aumenta nuestra fe, consolida nuestra esperanza, aviva nuestra caridad... Fomenta en los jóvenes la disponibilidad para una entrega plena a Dios. Protege a España entera y a sus pueblos, a sus hombres y mujeres. Y asiste maternalmente, oh María, a cuantos te invocan como patrona de la Hispanidad.*

Hago mías esas palabras del Santo Padre y ruego a Dios, Nuestro Señor, que por intercesión de la Santa Virgen del Pilar os conceda a vosotros y a vuestras familias, miembros de la Guardia Civil que la tenéis como patrona, protección en vuestra misión al servicio de nuestro pueblo, siendo garantes de los derechos y deberes constitucionales que siempre serán la clave del auténtico progreso de nuestra patria, de sus ciudades y villas, y también del mundo rural en donde desempeñáis una laudable misión, a veces no suficientemente reconocida.

Por medio de la Santísima Virgen, Señora del Pilar, suplico al Buen Dios que acoja en su seno de Padre misericordioso a los miembros de la Benemérita que como consecuencia de su servicio han encontrado la muerte. Y que a todos nos conceda la luz oportuna y la valentía necesaria para descubrir las raíces creyentes de nuestra historia para trasmitirla a las nuevas generaciones porque sólo en ellas encontraremos el fundamento de una existencia libre y de un progreso auténtico, constructivo y fraterno.

¡Qué así sea!

**Solemne celebración eucarística de la Dedicación de la Iglesia y la consagración del altar del nuevo templo del Monasterio de San José de la Monjas Clarisas Reparadoras de Vilar de Astrés**

*Ourense, 21 de octubre de 2018.*

Mis queridos hermanos sacerdotes, diáconos y seminaristas.

Mis queridas Madres Clarisas Reparadoras.

Autoridades aquí presentes.

Con gratitud os saludo a vosotros los benefactores de esta Comunidad que habéis contribuido, no poco, a la construcción de este templo.

También a vosotros, todos los que formáis parte de la comunidad parroquial de la Purísima Concepción de Vilar de Astrés, os doy las gracias por vuestra presencia.

Hermanas y hermanos. Queridos amigos de esta Comunidad monástica.

Quisiera comenzar mis palabras repitiendo lo que acabamos de escuchar en esta liturgia: *Resuene siempre en esta casa la Palabra de Dios, para que conozcáis el misterio de Cristo y se realice vuestra salvación dentro de la Iglesia.*

Ya desde muy antiguo el pueblo cristiano denominó “iglesia” también a los edificios en los que la comunidad cristiana se reunía para escuchar la Palabra de Dios, para orar unidos, recibir los sacramentos y, sobre todo, para celebrar y vivir la Eucaristía. Con el auxilio de Dios esto mismo estamos realizando esta tarde con la dedicación de esta iglesia monástica. Para gloria de la Santísima Trinidad, bajo la titularidad de san José, este templo está llamado a ser *domus Dei et porta coeli*. Casa de Dios y puerta del cielo. Por este motivo, en la Iglesia, desde el primer momento de su historia, toda la realidad estética que envuelve los puntos fundamentales de los templos consagrados a Dios, se deben convertir en un icono que nos abre a esa dimensión de eternidad en la que penetramos a través de la celebración litúrgica. El altar, el ambón, la sede, las imágenes -en este caso, este magnífico crucificado-, la misma iluminación del altar y de la asamblea tienen que convertirse en un icono que nos abra y lance hacia una nueva perspectiva: tienen que ser puerta del cielo. En el templo, y de manera especial en el lugar en donde se celebra la Santa Eucaristía, en ese espacio perfectamente delimitado dentro de la nave, la eternidad y el tiempo deben confluír de tal modo que nada ni nadie nos impida elevarnos hacia esa nueva dimensión. Todo aquello que no sirviese o quizás obstaculizase este dinamismo místico-espiritual debería cambiarse.

Hoy, desde este lugar de Vilar de Astrés, elevamos nuestros corazones hacia el cielo y suplicamos al Buen Dios, Padre de las Misericordias, que desde aquí se digne colmar de bendiciones a esta comunidad monástica, a los vecinos de este entorno monástico que forman parte de la parroquia de la Purísima de Vilar, a toda la ciudad y a la Diócesis ourensana.

Al entrar en este nuevo templo, nuestra mirada se escapa hacia esa hermosa imagen de Cristo Redentor. Rogamos al Cielo que, plantada en lo alto de este simbólico monte, atraiga las vidas de los hombres y mujeres de nuestro pueblo hacia su divino corazón. Que este crucificado nos ayude a descubrir que en nuestra vida creyente, Cristo debe ser siempre el centro de nuestras vidas y hacia Él deben dirigirse todas nuestras acciones. Por eso, con las mismas palabras del apóstol Pedro que acabamos de proclamar podemos decir: *Acerquémonos al Señor, piedra viva desechada por los hombres, pero escogida y preciosa ante Dios, también vosotros, como piedras vivas, entráis en la construcción del templo del Espíritu* (cf. 1 Pe 2, 4-9). La invitación de toda esta liturgia nos lleva a poner nuestra mirada en Cristo Crucificado, *piedra viva y angular*, único fundamento sobre el cual se debe llevar a cabo toda construcción. De ahí que los templo terrenos, para los creyentes, tienen que ser un trasunto del templo celestial.

Que esta iglesia monástica de la hijas de los seráficos padres Francisco y Clara de Asís, levantado en lo alto de Vilar de Astrés, nos ayude a todos los que en él entremos a dar *un culto autentico, en espíritu y verdad*, a la Beatísima Trinidad. Rogamos pues que este lugar que hoy consagramos a Dios se convierta en esa *tierra santa*, siempre abierta y acogedora a la que tanto los hombres y mujeres de su entorno, como todos los hijos de la Iglesia en Ourense, puedan dirigir sus pasos con el fin de encontrar aquí lo que tanto precisamos: un ámbito de *paz, recogimiento, conversión y adoración*. El Santo Padre Francisco nos invita a que hagamos todo lo posible para que nuestra Iglesia se ponga *en salida* y, para ello, lo primero que debemos hacer es procurar que nuestros templos estén abiertos y sean lugares acogedores que nos inviten al recogimiento, a la oración y a la acción de gracias.

Permitidme que en el día de hoy me dirija a esta querida Comunidad de Madres Clarisas Reparadoras. Hoy podéis cantar con todas vuestras fuerzas el salmo 115 que nos propone la liturgia: *¿cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?* ¡todo el bien que nos ha hecho! Seguro que en este día hacéis memoria agradecida. En estos momentos vienen a vuestro recuerdo la venerable Madre Josefa y todos esos años en los que como auténticas peregrinas anduvisteis errantes de un lugar para otro desde las tierras de Ramirás, en el concello de Celanova, pasando por la ourensana calle de Santo Domingo, hasta llegar a este lugar. Sabéis muy bien que en esa experiencia de desierto, mientras no llegabais a vuestra tierra prometida -Vilar de Astrés-, tuvisteis siempre la ayuda del Obispo de Ourense. Por ello, en este momento es de justicia recordar, especialmente, a dos de mis venerables predecesores que tanto os ayudaron y alentaron en vuestro camino tantas veces lleno de dificultades, me refiero a Mons. Temiño y a Mons. Diéguez. Sin olvidarnos de tantas personas que, con su amor y cercanía a esta comunidad, han contribuido con su generosidad a hacer posible este templo monástico, y os ruego que sigáis con este empeño en la prosecución de las obras de este complejo

monástico, que es para Gloria de Dios.

Hoy, mis queridas Hermanas Clarisas, en nombre de esta Iglesia que peregrina por estas nobilísimas tierras ourensanas, os pido que como respuesta al Salmo proclamado en la liturgia, luchéis para que desde este lugar se alce, cotidianamente, *la copa de la salvación* y sea *invocado el nombre del Señor*, que en vuestro corazón encuentren siempre un eco las necesidades de la Iglesia en Ourense, las de su Pastor y del Presbiterio Diocesano, de los miembros de la vida consagrada, de todos los fieles laicos, especialmente de los niños y de los jóvenes. Que no pase ningún día sin que desde este santuario se eleve a Dios, y a su Santísima Madre, y a san José, una oración insistente y confiada pidiendo por las vocaciones, en especial por las del ministerio sacerdotal, porque tendremos buenos religiosos, fieles esposos y laicos generosos si tenemos sacerdotes santos y entregados a la causa de su Jesucristo y de su Iglesia.

Hermanas mías: vivid vuestra consagración monástica al estilo de Clara de Asís que sigue siendo un carisma perennemente actual; lo haréis si vivís vuestros votos y compromisos de amor, y hacedlo, como nos lo recuerda el mismo salmo, en *presencia del todo el pueblo*. Haced de esta iglesia que hoy ofrecemos a la Santísima Trinidad un centro de oración y retiro, una casa de hijas de santa Clara que sepa estar siempre abierta a todos y a todas las necesidades de nuestro pueblo y de sus gentes. Os ruego que convirtáis este templo monástico en un santuario hacia el que puedan acercarse muchas almas que, buscando a Dios, se sientan fascinadas por el rostro misericordioso de esta imagen de Cristo que quiere ser, desde ahora, el **Santísimo Cristo de Vilar de Astrés**.

En el Crucificado-Resucitado, tanto vosotras como todos los que nos encontramos hoy aquí, descubrimos ese *trono de gracia* -como nos lo recuerda la segunda lectura de este XXIX Domingo del Tiempo Ordinario- para *alcanzar misericordia y encontrar la gracia que nos auxilie oportunamente* en todos los momentos de nuestra vida (cf. Heb 4,14-16).

Para concluir estas palabras quisiera, haciéndome eco de los deseos del papa Francisco, que renovemos nuestro empeño de rezar mejor el Rosario, esforzándonos por contemplar los misterios de la vida de Nuestro Señor Jesucristo, que seguro nos enriquecerán con la fuerza y el dinamismo que siempre brotan de la vida de Jesús. ¡Seamos fieles! Y recemos esa oración a san Miguel Arcángel por las intenciones que nos encomendó el Santo Padre y, en la medida de vuestras posibilidades, rezad todas las veces que podáis esa antífona mariana tan antigua y que ha resonado durante tanto siglo, no sólo en los claustros de nuestros monasterios sino también en el lecho del enfermo y en medio de las ocupaciones ordinarias: *Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios, no deseches las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades, antes bien, libranos de todo peligro, ¡oh siempre Virgen, gloriosa y bendita!* Amén.

**Exequias por el M. I. Sr. Dr. D. Francisco Vizcaya González,  
Canónigo Doctoral emérito de la Catedral de Ourense**

*25 de octubre de 2018.*

Saludo al Sr. Deán y Cabildo de esta Catedral. A los hermanos sacerdotes que concelebran esta Eucaristía, a los seminaristas y a los miembros de la Vida Consagrada.

A todos vosotros mis queridos hermanos y hermanas, gracias por vuestra presencia orante, agradecida y fiel.

Permitidme que mis primeras palabras las dirija al hermano de D. Francisco, y a los demás familiares; vuestro dolor y sentimiento también es el nuestro porque el Muy Ilustre Sr. D. Francisco Vizcaya González pertenecía a esta gran familia que es el Presbiterio Diocesano.

Acabamos de escuchar la Palabra de Dios que nos propone la liturgia de este jueves de la 29ª semana del Tiempo Ordinario. He preferido mantener las lecturas bíblicas del tiempo porque la muerte es esa realidad que acontece en medio de la cotidianidad de nuestra vida. En realidad, desde la perspectiva creyente, la vida es una propedéutica para bien morir. De ahí que como hombres y mujeres de fe, al igual que el Apóstol podemos decir que Dios nos *conceda, según la riqueza de su gloria, ser robustecidos por medio de su Espíritu en vuestro hombre interior (Ef. 3,14-21)*.

Eso pedimos para todos los cristianos, de manera especial para aquellos que hemos sido llamados y bendecidos con la vocación sacerdotal como lo fue nuestro hermano D. Francisco. Siempre, y en toda ocasión, tenemos que preguntarnos ¿cómo podemos ser robustecidos en nuestro hombre interior? Cuidando y siendo fieles a los cauces de la gracia de Dios sobre nosotros. Una gracia que nunca nos falta porque es don de Dios y Él no se deja ganar en generosidad; una gracia de la fidelidad y del querer de Dios, ¡el que es fiel! Siempre se nos hace presente a través de sus mediaciones. Acojamos y aprovechemos siempre las mediaciones de la gracia de Dios con las que se enriquece nuestro hombre interior.

Y no nos olvidemos que una de las mediaciones de Dios para crecer en ese hombre interior, son los sacerdotes a los que en tantas ocasiones se pretende desprestigiar o ensuciar su vida; sin embargo, tenemos que reconocer ¡Cuánto le debemos a los sacerdotes!

Al enterarme del fallecimiento de D. Francisco, he sentido un profundo dolor porque le había prometido en mi última visita, antes de terminar el curso, ir a merendar a su casa durante los meses de verano. El verano pasó y el otoño nos lo ha llevado. ¡Cuánto agradecía la visita del Obispo! Sus muestras de afecto, aun estando enfermo, eran signo de que D. Francisco era un auténtico hombre de Iglesia.



Luchó por ser, mientras le respondieron sus fuerzas, un buen sacerdote, preocupado por el rezo de la Liturgia de las Horas -de la que le había dispensado-, pero, a pesar de todo se esforzaba por mantener ese hombre interior que tanto le enriquecía; se palpaba su delicadeza, casi obsesiva, por no poder acudir en los últimos tiempos a la Santa Misa. Qué fuerza dejan en nuestra existencia las auténticas costumbres cristianas de la oración, la frecuencia de la Eucaristía, la confesión sacramental, las limosnas - D. Francisco era un sacerdote muy generoso- el Seminario, las necesidades de la Diócesis, sus difuntos, Cáritas. Siempre estaba pendiente de estas realidades eclesiales, y lo estuvo hasta el final ¡no por miedo a morir! Sino que brotaban como una superabundancia de su vida fiel.

D. Francisco fue el prototipo del *vir ecclesiasticus* cuya vida sólo se entendió *en y desde* su pertenencia a esta Iglesia Diocesana. Su formación sacerdotal en nuestro Seminario Diocesano y, poco más tarde, sus estudios de Derecho Canónico en la antigua Universidad de Comillas, cuya sede estaba en Santander, en donde aquellos Padres de la Compañía de Jesús formaban auténticos hombres de Iglesia, servidores del Pueblo de Dios y fidelísimos colaboradores de sus Obispos.

Al cumplir con nuestro deber de rezar y dar sepultura a los restos mortales de este sacerdote fiel, Canónigo Doctoral de nuestra Catedral, un hombre aquilataado por su fidelidad en tantos servicios a la Iglesia, en especial al Seminario y a la curia Diocesana. Un sacerdote, como decía antes, mediador entre Dios y los hombres. A lo largo de su vida, lo mismo que hacen muchos de nuestros sacerdotes, luchó por ser hombre de profunda vida interior, haciendo realidad lo que el Apóstol Pablo nos decía hace un momento: *Que Jesucristo habite por la fe en nuestros corazones; que el amor sea vuestra raíz y vuestro cimiento; de modo que así, como todos los santos, logréis abarcar lo ancho, lo alto y lo profundo, comprendiendo el amor de Cristo, que trasciende toda filosofía. Así llegaréis a vuestra plenitud, según la plenitud total de Dios* (Ef 3,14-21).

Sacerdotes como D. Francisco, cargado de años y de servicio, que hicieron de esta filosofía paulina -auténtico pensamiento de la gracia- un proyecto para toda su vida. Ellos, sin dejar de ser sacerdotes, sino viviendo con pasión su vida sacerdotal, han podido llegar a la plenitud de su vida porque lucharon siempre por hacer realidad en su existencia, a pesar de las pobreza, pecados y debilidades, que lo más importante era que Jesucristo habitase en su vida y en sus acciones. Así lograron -como lo han hecho los mejores hijos de la Iglesia- *abarcar lo ancho, lo alto y lo profundo, comprendiendo el amor de Jesucristo que trasciende todo conocimiento* (cf. Ef 3, 14-21).

Y esa vocación de servicio convierte al cristiano, y en especial al sacerdote, en vínculo de comunión y de fraternidad. No se entiende un sacerdote que divide con sus comentarios, críticas y murmuraciones ¡con los chismes! -como los denomina coloquialmente el papa Francisco-, que hacen tanto daño a todos porque

todo lo que divide y desune rompe la fraternidad y es signo de la presencia del Maligno en nuestras vidas y comunidades. Lo estamos viendo a través de las noticias de los medios de comunicación. ¡Qué daño podemos hacer los sacerdotes con nuestras palabras y comentarios, con nuestro estilo de vida! Y, en cambio, qué paz, qué alegría y gozo interior provocan en nuestra alma aquellos sacerdotes buenos y fieles, que luchan todos los días por ser mejores y hacer más llevadera la vida de los fieles.

¡Hermanas y hermanos míos! Especialmente vosotros mis queridos sacerdotes ¿cuántas gracias tenemos que dar a Dios por la hermosa vocación con la que nos ha regalado? Una llamada al sacerdocio que debemos intensificar cada vez que nos encontramos, aunque sea para despedir a uno de nuestros hermanos mayores que seguro fue maestro de algunos de los que estáis aquí. El don de sacerdocio ministerial se revitaliza cuando nos reunimos para rezar y, de manera especial, cuando nos encontramos para celebrar juntos la Eucaristía. En ella encontramos nuestra fortaleza y sólo en ella encontramos la clave de nuestra alegre esperanza.

Quisiera finalizar mis palabras rezando con vosotros el *Sub tuum praesidium* -que nos recomendó el papa Francisco durante este mes de octubre- y supliquémosle a la Madre de Dios que acoja a nuestro hermano sacerdote D. Francisco y lo lleve a la ciudad santa de la Nueva Jerusalén como repetimos en la liturgia.

*Bajo tu amparo nos acogemos, santa Madre de Dios, no desoigas las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades, antes bien líbranos de todo peligro ¡oh siempre Virgen, Gloriosa y Bendita!*

Amén.



## Solemne celebración eucarística de Acción de Gracias por la Canonización de san Pablo VI

*Catedral de Ourense, 26 de octubre de 2018.*

¡Queridos amigos! Con gozo hemos asistido, espiritualmente, a la canonización de Pablo VI. Este acontecimiento ha tenido lugar el pasado 14 de octubre dentro del marco de la XV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos sobre *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional*, que en estos momentos está a punto de ser clausurado. La declaración oficial, por parte de la Iglesia, de la santidad de vida de aquel que ejerció como “siervo de los siervos de Dios”, desde 1963 a 1978, ha sido como una respuesta agradecida que la misma Iglesia ha tenido para con aquel papa que tanto la amó.

Hoy estamos viviendo en la Iglesia, tanto en el mundo como en nuestro país, momentos de contradicción como no los ha habido antes, y no porque no los hubiera habido, sino porque hoy los medios de comunicación, sobre todo los que circulan con gran rapidez por las autopistas de la telemática, hace que un mismo hecho, repetido muchas veces, se convierta en una realidad virtual aplastante, aunque sea mentira. En estas circunstancias, la canonización de san Pablo VI ha sido como un regalo que el Espíritu Santo nos ha concedido a toda la Iglesia. Es verdad que sería justo dar gracias a Dios por la canonización de Mons. Óscar Romero, por la Madre Nazaria Ignacia, de Francesco Spinelli, Vincenzo Romano, María Catarina Kasper, y del joven Nunzio Sulpricio. Damos gracias al cielo porque ha aumentado la lista de los mejores hijos de la Iglesia; sin embargo, al dar gracias por éste que fue *obispo de Roma y pastor universal de la Iglesia*, en él y con él nuestra acción de gracias acoge a todos los que con él han sido elevados a la gloria de los altares.

En este momento de nuestra historia eclesial, en la que nos encontramos inmersos en un Sínodo Diocesano, la persona de san Pablo VI es muy significativa porque él ha sido quien instituyó el Sínodo de los Obispos, como fruto del Concilio Vaticano II. Os ruego que encomendéis a él nuestro Sínodo. Él nos ayudará a descubrir que el Sínodo Diocesano es un cauce para vivir mejor la comunión eclesial entre todos nosotros y agradecer a Dios la vitalidad de nuestra Iglesia particular y nos concederá, además, las fuerzas y la ilusión necesaria para ayudar a tantos laicos, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos que se reúnen y reflexionan con ocasión del Sínodo. Pidámosle, también, al santo Papa, que no decepcione-mos a tantas personas buenas y sencillas que se fían de nosotros.

Sin embargo, si en algo muy especial nos puede servir de ejemplo este santo Papa, a todos y a cada uno de los que estamos aquí reunidos, es a **amar a la Iglesia**, una Iglesia tan zarandeada y vilipendiada por algunos e instrumentalizada

por otros. Una Iglesia que es *nuestra madre; a ella se lo debemos todo; ella nos ha engendrado a la vida nueva, a la vida de la gracia, que nos proporcionará nuestra felicidad eterna; nos ha dado la fe, y con su magisterio nos la conserva íntegra y fecunda; nos ha dado la gracia; es la dispensadora de los sacramentos: nos ha dado la caridad, el “ágape”, la sociedad de los hermanos; nos une, nos educa en el amor, en el humanismo verdadero, en la comprensión y en la edificación de sí misma; nos guía, nos defiende, nos dirige por los caminos de la esperanza, nos anticipa el deseo escatológico de la vida futura y nos hace gustar anticipadamente su felicidad. Por su magisterio, por su ministerio (...) mediante la voz humana que enseña y ordena todos escuchan hoy todavía la voz del Señor* (Audiencia general, 15-6-1966). Así se expresa en una de sus primeras audiencias generales.

No nos equivoquemos, *no puede tener a Dios por Padre quien no tiene a la Iglesia por Madre*. Estas palabras tan expresivas de aquel gran pastor y mártir del siglo III, san Cipriano, siguen siendo de perenne actualidad. Necesitamos a la Iglesia, de ella recibimos los dones de la verdad y de la gracia que son indispensables para nuestra vida tanto presente como la futura, por eso le llamamos con ese nombre cargado de ternura y de hondo significado: Santa Madre Iglesia. Así la denominaba tanto san Pablo VI, como también su santo predecesor: san Juan XXIII. Y esto es así porque ella nos engendra a la vida, a la Vida eterna. Por otra parte, sabemos bien que ninguno de nosotros puede llegar a Cristo si no lo busca y encuentra en su Iglesia. No caigamos en esa frivolidad pseudodoctrinal pasada de moda: *Cristo sí, Iglesia, no*. Como respuesta a esto que estamos diciendo qué clarificadoras siguen siendo estas palabras de Pablo VI: *Quien piense que puede, a su manera, seguir siendo cristiano, abandonando el recinto institucional de la Iglesia visible y jerárquica, o imaginándose que permanece unido al pensamiento de Cristo, modelando para sí una Iglesia a su capricho, está fuera de camino, y se engaña a sí mismo. Compromete y acaso rompe, y hace romper a otros, la verdadera comunión con el Pueblo de Dios, perdiendo la garantía de sus promesas* (Audiencia general, 1-9-1971).

Hermanas y hermanos míos: no nos dejemos llevar de espejismos, ni caigamos en el pesimismo a causa de todo lo que se oye y dice de la Iglesia. No nos olvidemos de que es en esta Iglesia en donde podemos escuchar proyectos tan hermosos como los que nos han proclamado en la primera lectura de este día: *Os ruego que andéis como pide la vocación a la que habéis sido convocados. Sed humildes y amables, sed comprensivos, sobrellevaos mutuamente con amor, esforzándoos en mantener la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz. Un solo cuerpo y un solo Espíritu, como una sola es la esperanza de la vocación a la que habéis sido convocados. Un Señor, una fe, un Bautismo. Un Dios, Padre de todos, que está sobre todos, actúa por medio de todos y está en todos* (Ef 4, 1-6).

¡Cuánto rezó, luchó y se sacrificó el santo papa Pablo VI por la unidad den-

tro de la Iglesia en aquellos difíciles momentos de mediados de la década de los años setenta. Los que éramos estudiantes por aquel entonces vivimos y sufrimos aquellos desgarros que se estaban viviendo dentro de la Iglesia, a veces con consecuencias dramáticas. Eran causados por los que dejándose llevar de lo que ellos creían que eran *los signos de los tiempos*, se convirtieron en corona de espinas para este Papa santo; de manera especial todo lo relacionado con el celibato sacerdotal, la santidad del matrimonio, la importancia de la piedad popular, etc. Todos parecían tener razones que justificaban la creación de otra doctrina y de otra Iglesia; sin embargo, Pablo VI permaneció fiel a su Señor y no se dejó llevar de modas, opiniones y filosofías, o de falsas y precipitadas interpretaciones de aquellos signos de los tiempos. Hoy, cincuenta y tres años después, constatamos que fue un profeta adelantado a su momento y uno de los más fieles impulsores del auténtico espíritu de renovación del Vaticano II. Sin aquella su dolorosa fidelidad sería impensable la fecundidad vivida en la Iglesia en los pontificados posteriores.

Los hechos acaecidos entonces tienen que ayudarnos, hermanas y hermanos míos, a no dejarnos atrapar por lo inmediato, por las modas de pensamiento -que por la mañana son y por la tarde ya han pasado-; no podemos dejarnos aplastar por esa mundanidad espiritual que nos puede atrapar con sus halagos, ni por las tesis de lo políticamente correcto, y tal como afirma el papa Francisco, al inicio de la exhortación *Gaudete et exsultate*, recordad: *el Señor lo pide todo, y lo que ofrece es la verdadera vida, la felicidad para la cual fuimos creados. Él nos quiere santos y no espera que nos conformemos con una existencia mediocre, aguada, licuada* (GE, nº 1).

Todo lo que hoy está destrozando la comunión eclesial y puede llevar a alguno a olvidarse de que estamos en la misma barca que Pedro, y Pedro hoy tiene un nombre: Francisco, todo esto tiene una causa y una explicación: falta de fidelidad a la vocación; es decir, falta de lucha en el camino de la santidad personal y comunitaria. En este diagnóstico, tanto san Pablo VI como Francisco coinciden, cómo en otras muchas cosas.

El Papa santo cuya glorificación estamos celebrando nos quiere volver a enseñar que el amor a la Iglesia forma parte de esa llamada a la santidad. Es precisamente este amor el que necesitamos descubrir todos, de manera especial en este momento delicado en el que se pretende manchar y, hasta profanar, el buen nombre de la Iglesia; no sólo desde fuera, sino desde dentro de su mismo corazón. Para Pablo VI la Iglesia ha sido su gran amor. A ella consagró toda su vida. Una Iglesia a la que con su vida y sus escritos nos enseña a amar y a comprender con todas sus fuerzas.

Desde la primera de sus encíclicas: *Ecclesiam suam* (6 de agosto de 1964) en la que nos habló del “misterio de la Iglesia”, ya en aquel documento profético -cuya lectura meditativa os aconsejo- nos hablaba del *anhelo generoso y casi impaciente de renovación*. Resulta aleccionador constatar, actualmente, cómo el papa Fran-

cisco nos habla también de conversión personal y conversión pastoral. San Pablo VI nos recordaba entonces, y ahora con más fuerzas, *el deber presente de la Iglesia de corregir los defectos de los propios miembros y hacerlos tender a mayor perfección es la vía para llegar con sabiduría a tan gran renovación*. Y trazaba las líneas principales de las que pudieran ser claves de la santidad de los pastores y de los demás fieles: **espíritu de pobreza, de caridad y un auténtico diálogo** hacia dentro de Ella misma y con el mundo que le rodea. Hoy diríamos espíritu de salida a las periferias, allí donde se encuentran los niños y los jóvenes. Sus consejos siguen siendo de perenne actualidad. La belleza del rostro de la Iglesia, regalo de Dios al mundo, también es obra de la santidad de los hombres y mujeres que la constituyen y la sienten como su familia.

Si, como hemos afirmado, en la primera encíclica dirigida al mundo entero, apenas un año después de su elección como Obispo de Roma, se centraba en el amor a la Iglesia; su último escrito, aquel que pudiéramos denominar como su testamento espiritual, está todo el transido de su fidelidad a ese amor. En la parte conclusiva de lo que se ha denominado “Pensamiento en la muerte”, vuelve a manifestarnos: *Podría decir -escribe- que siempre la he amado (...) y que por ella, no por otra cosa, me parece haber vivido. Pero quisiera que la Iglesia lo supiera. Y concluye: Quisiera finalmente comprenderla totalmente, en su historia, en su designio divino, en su destino final, en su composición compleja, total y unitaria, en su humana e imperfecta consistencia, en sus desgracias y sufrimientos, en las debilidades y las miserias de tantos de sus hijos, en sus aspectos menos simpáticos, y en el esfuerzo perenne de fidelidad, de amor, de perfección y de caridad (...) Quisiera abrazarla, saludarla, amarla, en cada ser que la compone, en cada obispo y sacerdote que la asiste y la guía, en cada alma que la vive y la ilustra; bendecirla*. Y en las últimas palabras de ese documento, se dirige a Ella como si se tratara de su propia esposa, la compañera de toda una vida: *A la Iglesia, a la que le debo todo y que fue mía, ¿qué le diré? Que Dios te bendiga, sé consciente de tu naturaleza y de tu misión, ten conciencia de las verdaderas y profundas necesidades de la humanidad; y camina pobre, es decir, libre, siendo fuerte y amando a Cristo*.

Sólo quisiera subrayar esta última visión de la Iglesia “pobre y libre”, porque así debe ser la comunidad eclesial para poder hablar a la humanidad contemporánea. La clave para solventar los problemas que nos aquejan está trazada por los mejores hijos de esta Iglesia: ¡los santos! Entre ellos san Pablo VI ¡sigamos sus huellas y vivamos sus consejos!

¡Qué así sea!

**Exequias do M. Ilustre Sr. D. Francisco Pérez Santalices,  
Cóengo Lectoral da Catedral de Ourense**

*Igrexa parroquial de Santa Eufemia de Milmanda. 29 de outubro de 2019.*

*Rom 14, 7-9 (Ritual de Exequias, lect. 6)*

*Xn 11, 17-27. (Ritual de Exequias, lect. 14 breve)*

Os meus queridos irmáns Sacerdotes,

Irmás e irmáns meus no Señor.

Permitídemme que saúde con especial afecto aos familiares do noso irmán sacerdote D. Francisco Pérez Santalices e lles manifeste o meu sentimento de pesar, no meu nome e no dos sacerdotes, non só dos presentes senón tamén doutros moitos que non puideron asistir a esta celebración porque se atopan atendendo as tarefas pastorais propias deste tempo previo a Defuntos.

Fágovos presente, ademais, o pésame que me fixo este mediodía o Sr. Arcebispo de Santiago.

A vosa dor é tamén a nosa porque D. Francisco, sacerdote, formaba parte desta gran familia que é o Presbiterio Diocesano. Meus queridos amigos: reunímonos neste templo de Santa Eufemia de Milmanda, baixo a mirada do Deus da Misericordia, para celebrar o sacramento da nosa fe e pedirlle ao Señor polo eterno descanso do noso irmán sacerdote e para que nos aumente a esperanza. Como sempre que nos atopamos para vivir a Eucaristía, a Palabra do Señor que foi proclamada nesta asemblea litúrxica ofreceunos a mensaxe da salvación para reconfortarnos nestes momentos. Esta mensaxe, aínda que repetida tantas veces, adquire de maneira máis viva nesta ocasión, unha forza especial, xa que D. Francisco Pérez Santalices era un profundo coñecedor e escrutador da Palabra de Deus: *Eu son a resurrección e a vida: o que cre en min, aínda que morrese, vivirá; e o que está vivo e cre en min, non morrerá para sempre* (Xn 11, 25) Estamos tan afeitos oír, dicir, e mesmo cantar este versículo do Evanxeo que pode ser que perdesse forza e intensidade nas nosas vidas; con todo, de maneira especial ante a experiencia pascual vivida dunha maneira definitiva por este irmán noso, esta Palabra adquire unha forza e un dinamismo máis comprometido.

Por outra banda, convén non esquecermos que neste texto do IV Evanxeo ao facer esta profesión de fe na vida eterna plantéxanos a cada un, o mesmo que no seu tempo lle preguntou Xesús a Marta, a irmá de Lázaro ante o feito dramático da morte do seu irmán: *Crees isto?* (Xn 11, 26).

Ante os restos mortais deste irmán noso temos que facernos esta mesma pregunta, *Crees isto?* Cremos que o Crucificado está Resucitado, está vivo e que a morte foi vencida? Ou seguimos buscando entre os mortos ao que vive. Ao Vivente, como nolo presenta o libro da Apocalipse.

Aquel que é principio e fin da nosa existencia e do cosmos non podemos atopalo tralo frío silencio da tumba. Estamos afeitos a predicar esta mensaxe en momentos similares e parece que nos convertemos en expertos profesionais da Palabra; con todo, as palabras de Xesús convidánnos constantemente a sentirnos sempre en camiño cara á Pascua. Son palabras que nos falan de cambio, de conversión persoal e comunitaria. Por iso, se vivimos para a vida eterna, a nosa forma de vivir o noso cristianismo, a nosa vocación particular e, no caso de moitos dos que estamos aquí, o noso ministerio sacerdotal, seguro que será moi diferente. Cando sabemos e vivimos a certeza que non só estamos chamados á eternidade, senón que esta chamada pode chegar cando menos o pensemos, entón esforzámonos por vivir o momento presente con paixón e autenticidade; e axudados polo dinamismo da graza de Deus somos capaces de ir relativizando todo aquilo que é efémero e transitorio e que tantas veces reclama a nosa atención facéndonos esquecer que debemos centrarnos no esencial, como nolo lembra constantemente o papa Francisco.

Por iso é polo que a experiencia que hoxe nos ofrece o Apóstolo Paulo interpélanos fortemente e énchenos de esperanza: *Se vivimos, vivimos para o Señor; se morremos, morremos para o Señor; na vida e na morte somos do Señor* (Rom 14, 8). Somos do Señor! Desde a perspectiva da eternidade, a nosa vocación cristiá, e en concreto, o exercicio do noso ministerio sacerdotal adquiren un relevo e unha forza que fai que ata as cousas máis pequenas teñan un gran sentido! Cando vivimos nesta clave de eternidade todas as nosas ocupacións toda a nosa vida, tamén o exercicio do ministerio pastoral, a celebración da Eucaristía, o vivir desprendido das cousas, o sabernos servidores e administradores e non donos daquilo que nos encomendaron, en definitiva, toda a nosa loita de cada día constitúe unha parte, non pequena, do noso camiño cara á Pascua eterna, cara á santidad. Por iso, é necesario que nos expoñamos moitas veces a esta pregunta que brota da Palabra proclamada. Crees na vida eterna?

Nos dispoñemos a cumprir co deber de dar sepultura a un irmán sacerdote, despois dunha intensa vida pastoral adicada na Santísima Trindade de Ourense, en Chandrexa, Sacardebois, Barxacoba, Punxín, Freás, Reza e por último a coenxía de Lectoral da Catedral Basílica de san Martiño de Ourense.

Ademais desas ocupacións pastorais, desde sempre tivo unha especial dedicación ao estudo. Era un experto nos Libros Bíblicos e nas linguas semíticas, de maneira especial en *ugarítico*, podemos afirmar, sen lugar a equivocarnos que o profesor Pérez Santalices foi un dos poucos expertos en España nesta antiquísima lingua. Adicou moito do seu tempo á docencia en Sacra Escritura e en linguas clásicas. Unha penosa enfermidade mudou o exercicio desa pastoral da intelixencia que é tan necesaria nos momentos actuais.

Convidovos a que poñamos diante do Deus da misericordia a historia do exer-



cicio do seu ministerio e, sen ningunha dúbida, podemos dicir: As súas obras acompañanlle! Obras que deixamos nas mans do Pai que é rico en misericordia. Cantas horas de preparación e estudo; canto tempo adicado ao cultivo das linguas bíblicas coa finalidade de achegarse con seguridade ao texto Sacro e poder traducilo á nosa lingua; e non só iso, senón as profundas introducións que aparecen en varios dos libros sacros na Biblia en galego. Tiven a sorte de convivir co profesor Pérez Santalices durante tres anos na Casa Sacerdotal de Santiago. Eran momentos intensos nos que despois de cear, a miúdo, saíamos a dar un paseo polo Preguntoiro e contábanos as dificultades coas que se estaba atopando na tradución da Biblia. Ás veces experimentaba un certo desalento ante a pouca preocupación que percibía nos alumnos polas linguas clásicas, sabendo ben que eran a clave para acceder á cultura do mundo occidental. Un home servicial á hora de cubrir algunha ausencia no profesorado e tamén no ámbito pastoral. Bo compañeiro nas tarefas académicas e un estudoso apaixonado. Era dos poucos profesores que pasaba moitas horas da tarde na sala de lectura da Biblioteca de Estudos Teolóxicos de Galicia, en Santiago, compartindo a sala de estudos cos mesmos alumnos. Formamos parte do mesmo claustro de profesores, tanto do Seminario como do Instituto Teolóxico Compostelán, ata que o visitou a enfermidade que o apartou do exercicio da docencia.

Hoxe rezamos por el, como un día, cando e como Deus queira, rezarán tamén por nós. A oración da Igrexa que agora facemos polo noso irmán sacerdote, convidanos a preguntarnos unha vez máis pola nosa fe na eternidade. *Crees isto?* É dicir, cremos en que Xesús, o Señor, é a resurrección e a vida? Cremos como cre a Igrexa? Se a nosa fe é auténtica, como nos lembra o papa Francisco, ten que levarnos a saír de nós mesmos, dos nosos criterios e opinións, das nosas excesivas preocupacións polo mañá que nos levan a agarrarnos ás cousas e aos criterios deste mundo que pasa, e esta actitude impídenos ser libres porque termina por converternos en escravos da realidade que nos rodea, das posesións; en definitiva, lévanos a caer nesa mundanidade que termina por achatar a nosa vida crente e pode chegar a metalizar o noso espírito eterno.

Convídevos a que volvamos a mirada do corazón ao texto de san Paulo, autor polo que sentía unha especial paixón D. Francisco. Na liturxia de hoxe dicíanos Paulo: *Ningún de nós vive para si mesmo e ningún morre para si mesmo. Se vivimos, vivimos para o Señor.* Os nosos concidadáns, polo tenor da nosa forma de vivir, saberán percibir que vivimos para o Señor e que somos fieis a Deus na Igrexa, sobre todo pola coherencia con que vivimos non só o exercicio do ministerio sacerdotal ao que consagramos a nosa vida, como o fixo D. Francisco, senón con toda a nosa existencia de fe.

Só desde a fe, é dicir, só se nos abrimos á fe en Xesucristo Resucitado e vivo, só así, seremos capaces de saír de nós mesmos -rompendo con esa mundanidade- e

deste xeito converterémonos en testemuñas cribles capaces de atraer á Igrexa, en definitiva, a Deus, a eses irmáns e irmás que tantas veces se senten desconcertados ou se afastaron da Igrexa.

Suplico para o noso irmán sacerdote o descanso e a paz eterna. Que o Señor o recompense polo coidado con que desenvolveu o seu sacerdocio nas distintas tarefas pastorais e académicas, e polos anos dolorosos da súa longa enfermidade, que estou por asegurar que lle servirá para a Gloria de Deus. Rógovos que recedes por D. Francisco, que pidades pola santidade dos sacerdotes para que sexamos fieis! Que cubrades coa capa da caridade os erros e fallos dos vosos sacerdotes. Axudádeos, non os critiqueades! Estamos a vivir un Sínodo Diocesano na nosa Igrexa particular, e é un camiño que temos que percorrer xuntos. Abrídevos a acción da Gracia, para que este camiño recorrido xuntos, traia froitos xenerosos de vocacións á vida sacerdotal. Poñamos nas mans da Nosa Señora estas intencións e a oración polo noso irmán D. Francisco.



## Solemnidad de San Martín

*Catedral de Ourense, 11 de noviembre de 2018.*

Excmo. Cabildo Catedralicio.

Queridos Hermanos sacerdotes que representáis al Presbiterio Diocesano en esta liturgia a la que muchos de ellos no pueden asistir, como viene siendo habitual, al ser hoy Domingo, día en el que han de presidir la Eucaristía en las numerosas parroquias de nuestra Iglesia Diocesana.

Mis queridos seminaristas.

Excmas. e Ilmas. Autoridades, en especial saludo al Sr. Oferente que como Alcalde de esta noble y acogedora ciudad de Ourense hace hoy, en nombre de todo nuestro pueblo, la Invocación y Ofrenda a nuestro patrono San Martín.

Miembros de la Asociación de Amigos de la Catedral.

Con cordial afecto os saludo también a vosotros, especialmente enfermos y mayores, que desde vuestros hogares y residencias seguís esta celebración a través de 13TV.

Hermanas y hermanos míos en el Señor.

Este año la solemnidad de San Martín de Tours, titular de esta Catedral, patrono de la ciudad de Ourense y especial protector de nuestra Iglesia Diocesana, coincide con la celebración del Día del Señor, de ahí que hayamos preferido mantener la liturgia de la Palabra propia de este trigésimo segundo domingo del tiempo ordinario.

Tanto el libro de los Reyes como el Evangelio nos presentan a dos personas que carecen de los bienes necesarios para su subsistencia; es más, su pobreza es mucho más dramática, porque se trata de dos viudas, y tanto en el A. T., como en tiempos de Jesús, las viudas eran las personas más necesitadas de aquella sociedad porque se quedaban sin nada, en la más espantosa precariedad, en ocasiones, sin una familia que las acogiese.

Son dos mujeres pobres, pero con una gran fe. La primera obedeciendo al hombre de Dios -el profeta Elías-, nos da ejemplo de confianza en el querer de Dios, a pesar de la adversidad, y la segunda, con una actitud de radical generosidad, desprendiéndose de lo único que tenía y ofreciéndoselo al templo. Este último ejemplo de mujer generosa nos puede ayudar para entender bien la jornada que se celebra en este domingo: **El día de la Iglesia Diocesana**. Si concibiéramos la Iglesia como una gran familia y cada uno de nosotros se sintiese como uno de sus miembros, estoy por asegurar que nuestra reacción sería diferente cuando se trata de ayudarla en sus necesidades. Por otra parte, no podemos olvidar que una familia pierde algo de su ser cuando uno de sus hijos se aleja o no la quiere, de ahí que el lema de esta jornada sea muy expresivo: entre todos **somos una gran**

**familia contigo.** Todos somos necesarios y todos podemos hacer mucho más por ayudar a la Iglesia que se hace presencia cercana a la vida de nuestras gentes a través de la Diócesis y de cada una de sus parroquias. Esta Iglesia Diocesana, al igual que las demás Iglesias hermanas en España, estamos haciendo un camino para redescubrir y fomentar esta concepción de la **Iglesia como familia** entre los fieles, porque lo es. Esto es lo que pretende el Sínodo que estamos celebrando en este momento en esta Iglesia particular: “Caminamos juntos”, en la unidad que nace de la fe y de la caridad, en la riqueza de la diversidad de carismas y dones de los hijos e hijas de esta Iglesia en Ourense.

Por ello, es bueno que sintamos a la Iglesia como una gran familia. En este sentido, todavía resuenan en nuestro corazón las palabras del papa Francisco en la clausura del último Sínodo de los Obispos sobre los jóvenes. Improvisando sus palabras, que brotaban de su corazón, llegó a decir: *Pienso en nuestra Madre, la Santa Madre Iglesia (...) Nuestra Madre es Santa, pero nosotros, sus hijos, somos pecadores. Todos somos pecadores. Y debido a nuestros pecados, el Gran Acusador (el demonio) siempre se aprovecha (...) En este momento nos está acusando con fuerza, y esta acusación también se convierte en persecución como acontece en muchas comunidades de Oriente y de otras partes. Y también se convierte en otro tipo de persecución: acusaciones continuas para ensuciar a la Iglesia. Pero a la Iglesia no se la ensucia; a sus hijos sí, pero la Madre no. Y por eso es hora de defender a la Madre; y a la Madre se la defiende de su Enemigo, el Gran Acusador con la oración y la penitencia (...) Es un momento difícil, porque el Acusador, atacándonos, ataca a la Madre, pero la Madre no se toca. Quería decir esto sinceramente al final del Sínodo* (FRANCISCO, Palabras improvisadas en la clausura de la XV Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos, octubre 2018).

Nos invita el Santo Padre a querer a la Iglesia y a ayudarla como familia nuestra que es, a considerarla como parte importante de nuestra vida como cristianos. He ahí el sentido de esta **Jornada de la Iglesia Diocesana**, en la que se nos invita a redescubrirla como Madre, tal como dijo el papa santo Juan XXIII en la apertura del concilio Vaticano II, *una madre amable de todos, benigna, paciente, llena de misericordia y de bondad* (11 de octubre de 1962). Así la han vivido y la han mostrado a los hombres y mujeres, a lo largo de tantos siglos y en tantos lugares, los mejores hijos de la Iglesia, su rostro más hermoso: los santos. Entre ellos san Martín de Tours, que se entregó a su servicio hasta el final de su existencia, sin escatimar esfuerzos y sin pensar en su propio bienestar, sólo en el bien de los hermanos y de las comunidades cristianas que como obispo tuvo que administrar, buscando siempre la unidad y la comunión en el seno de la única Madre Iglesia.

Sr. Oferente:

Hoy se ha convertido en el portavoz de este pueblo que peregrina por las tierras de Ourense, un pueblo noble y generoso, cálido y acogedor, pero un pueblo

que necesita muchas ayudas porque de lo contrario caminará hacia un envejecimiento progresivo. Necesitamos más unión entre todos para crear las condiciones oportunas y favorables para que nuestros jóvenes no tengan que abandonarnos en busca de un trabajo digno. San Martín es el santo de la misericordia, de la unidad y de la comunión. Desde el ejercicio de su ministerio episcopal, como he dicho, luchó toda su vida por la comunión entre los hermanos, por buscar aquello que los unía íntimamente, y lo hizo en momentos delicados cuando algunos pueblos estaban enfrentados a causa de la división que existía entre sus dirigentes. Los gestos de caridad de Martín de Tours no son una pura fábula sino la expresión viva de una fe en el Dios Creador y Providente, Padre de todos, que gracias al regalo de la fe le ayudaba a mirar a los otros, también a sus enemigos, a los que no profesaban su fe, a los paganos e idólatras de su tiempo, con ojos nuevos, porque en ellos descubría el rostro de Cristo.

¡Qué difícil nos resulta a todos poder contemplar con esa mirada, al estilo de san Martín, a algunos de nuestros contemporáneos, que siembran la desunión y hacen crecer el rencor! Y, sin embargo, como muy bien ha dicho el Sr. Oferente, *tenemos que recuperar la costumbre de mirar al otro a los ojos, escucharlo y poner en valor las cosas que nos unen*. Sí, es mucho más lo que nos une que lo que nos separa, sobre todo cuando contemplamos la realidad de nuestra historia en sus orígenes y fundamentos, en los que descubrimos la huella de Dios potenciando lo mejor de cada hombre y mujer, de cada pueblo y de nuestra cultura. San Pablo VI, canonizado el pasado 14 de octubre, en un momento de especialmente delicado hizo una llamada importante a la Iglesia: *La Iglesia debe ir hacia el diálogo con el mundo en que le toca vivir. La Iglesia se hace palabra; la Iglesia se hace mensaje; la Iglesia se hace coloquio (Ecclesiam suam 34)*. Hay que desterrar de una vez los prejuicios y tópicos que enturbian y excluyen la sinceridad del diálogo, en esta casa común, en este espacio social y público, compartido por todos y para todos, un mundo laico pero no laicista, en una sociedad así siempre encontraréis a la Iglesia, a esta Iglesia diocesana, construyendo, codo con codo, una sociedad más justa y fraterna, tanto desde la palabra que proclama la verdad sin tapujos, como desde el gesto que hace concreta y cercana la caridad, especialmente con los más olvidados y necesitados, a través de Cáritas y los demás organismos de solidaridad. Sabéis que desde nuestras pobreza, podéis contar con nosotros para construir, para dialogar, para crear espacios libres en donde nuestros conciudadanos puedan desarrollar todas sus posibilidades y constituir una familia en donde encuentren la paz, el sosiego y la ayuda que brota en ese ámbito natural, a veces tan poco considerado.

La historia de nuestro pueblo hunde sus raíces en el hecho cristiano desde épocas muy tempranas. Todavía hoy conservamos testimonios elocuentes de la primitiva evangelización de las tierras de Ourense ¡Ha sido obra de los hombres

y mujeres de épocas pasadas que se dejaron fascinar por el rostro de Jesucristo, el Crucificado-Resucitado! Somos deudores de la predicación de san Martín de Dumio, aquel gran evangelizador de nuestro pueblo, venido de lejos, y al que le debemos que esta catedral sea la única de España cuyo titular sea Martín de Tours.

Los santos han sido los mejores hijos de la Iglesia, por eso su memoria sigue viva en nuestro pueblo. A ellos nos dirigimos con nuestras plegarias. A sus santuarios peregrinamos en busca de una auténtica renovación interior. Ellos son nuestros mejores aliados contra la desesperanza. De ellos hemos aprendido a ser misericordiosos y tolerantes, a ser abiertos y generosos, a ser respetuosos con nuestros ancianos, a ser amablemente exigentes con nuestros niños y jóvenes, para que descubran que el auténtico progreso humano, no se puede lograr plenamente si no se busca el rostro de Dios en los otros, sobre todo en los necesitados, en los diferentes, en los marginados, en los inmigrantes, porque lo auténticamente humano se nos revela en su plenitud a la luz de Jesucristo. No podemos olvidar aquellas palabras sabias del Concilio Vaticano II: *El misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Dios encarnado.* (Vaticano II, *Gaudium et Spes*, nº 22). Porque *el Redentor del hombre, Jesucristo, es el centro del cosmos y de la historia* (Juan Pablo II, *Redemptor hominis*, nº 1); por eso esta certeza nos ayuda a descubrir que *el hombre es el camino de la Iglesia, camino de su vida y experiencia cotidianas, de su misión y de su fatiga* (*Redemptor hominis* nº 14).

Invítovos, meus benqueridos irmáns e irmás, Sr. Oferente, a que seguindo a estela do noso patrón san Martiño loitemos por construír un pobo máis humano, pacífico e respectuoso, onde todos poidamos sentirnos acollidos tal como somos e pensamos, e non nos deixemos asoballar polas ideoloxías totalitaristas e populistas, de onte e de hoxe, das que nos fala o papa Francisco.

Que san Martiño estenda a súa capa da caridade sobre cada un de nós e de tódolos homes e mulleres dos nosos pobos, en especial aqueles que viven sos ou illados no mundo rural, de tal xeito que así construíamos a civilización da paz e do amor á que nos invita constantemente a Igrexa por medio do Papa.

Que Santa María Nai, Señora do Consuelo que se venera no parteluz do Pórtico do Paraíso desta Catedral, e o Señor san Martiño, noso patrón, nos axuden a converternos neses discípulos misioneiros que a Igrexa e a nosa sociedade hoxe necesitan.

Que así sexa!

## CARTAS

### Carta Pastoral con motivo del Comunicado de la Oficina de Prensa de la Santa Sede, del 29 de septiembre de 2018

*¡Haced lo que él os diga! (Jn 2,5).*

Con estas palabras que María dirige a aquellos que servían a los invitados a la boda de Caná de Galilea me dirijo a todos vosotros.

Hermanos sacerdotes,

Miembros de los Institutos de Vida Consagrada, de las Asociaciones de Vida Apostólica y de los Institutos Seculares.

Responsables de los Grupos, Movimientos y Asociaciones.

Seminaristas, tanto de los Seminarios Mayores como los del Seminario Menor de la Inmaculada.

A todos los hombres y mujeres seglares que sois la mayoría de nuestro Pueblo.

¡Hermanas y hermanos!

Queremos acoger con espíritu de comunión y de fidelidad lo que el papa Francisco nos hizo llegar, a través del comunicado de prensa de la Santa Sede, del pasado 29 de septiembre de 2018. De todos es sabido que la Iglesia está viviendo en esta temporada una verdadera y auténtica tribulación. Desde ciertos medios, a fuerza de repetir con insistencia hechos acaecidos hace ya muchos años, están queriendo convertir nuestra Iglesia en un basurero lleno de personas sospechosas y malignas, de auténticos depredadores de los que hay que proteger a los niños, a los jóvenes y a las personas más vulnerables. Si bien es cierto que esos hechos innombrables han acontecido en la Iglesia, no lo es menos que se ha pedido perdón, insistentemente, no solo al Dios de la Misericordia, sino también a las mismas personas que han sido víctimas. Están patentes los gestos emblemáticos del anciano papa san Juan Pablo II, de Benedicto XVI y, últimamente, en incontables ocasiones, lo está haciendo el mismo papa Francisco. También en nuestra Iglesia particular hemos realizado gestos significativos en este sentido, de manera especial en la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, al finalizar la ordenación sacerdotal de dos nuevos presbíteros en la capilla del Seminario “Divino Maestro”. Este hecho lo he renovado en otras ocasiones, en especial en el Acto Eucarístico programado dentro de la Novena de los Milagros en aquel santuario. También lo he manifestado en varias homilías ante la multitud de fieles congregados.

Lamentablemente, para algunos, estos gestos no son suficientes, de ahí que con insistencia parece que quieren provocar una reacción en cadena de casos y casos que, dolorosamente, siguen emergiendo a la luz después de haber sucedido hace tantos años. En ocasiones, esos sacerdotes y religiosos ya se apartaron del

ejercicio del Ministerio en su momento, otros ya se encuentran en la eternidad. No podemos olvidar, además, que la única institución que ha pedido perdón por estos crímenes ha sido la Iglesia Católica.

A pesar de todo, siguen y siguen, y seguirán “acosándonos” a los de hoy con las miserias cometidas por los de ayer. Por otra parte, son igualmente dolorosísimas las noticias en las que aparecen implicados algunos eclesiásticos que, sin rubor, manifiestan a la opinión pública una serie de informaciones que han provocado tanto dolor en el alma del pueblo creyente.

A la luz de todos estos hechos, el Santo Padre nos invita a que volvamos nuestra mirada a la Reina del Cielo y Refugio de los pecadores para que ampare a la Iglesia y la libre de todos los peligros. Y, junto con el recurso a la Madre de la Iglesia, nos pide que acudamos a la intercesión de San Miguel Arcángel para que *sea nuestro amparo contra la perversidad y acechanzas del demonio*, que siempre pretende separarnos de Dios y dividir a los hermanos porque él es “príncipe de la mentira” y su nombre significa “división”. Él goza dividiendo y enfrentando a los hermanos.

El papa Francisco nos invita a rezar cada día el Santo Rosario, sobre todo durante el mes de octubre, como es costumbre en nuestra Iglesia. Nos pide además que añadamos la antigua oración mariana del *Sub tuum praesidium!* (Bajo tu protección) que es una poderosísima arma contra las acechanzas del Enemigo: *Bajo tu amparo nos acogemos, santa Madre de Dios; no deseches las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades, antes bien, libranos de todo peligro, oh, siempre virgen, gloriosa y bendita.*

A muchos no nos ha sorprendido que el Santo Padre nos pida que recemos también, al finalizar el Rosario, la oración a San Miguel que durante muchos años los sacerdotes mayores acostumbraban a recitar al terminar la Misa. *San Miguel Arcángel, defiéndenos en la lucha. Sé nuestro amparo contra la perversidad y asechanzas del demonio. Que Dios manifieste sobre él su poder, es nuestra humilde súplica. Y tú, oh Príncipe de la milicia celestial, con el poder que Dios te ha conferido, arroja al infierno a Satanás y a los demás espíritus malignos que vagan por el mundo para la perdición de las almas. Amén.*

Sabemos de la devoción del papa Francisco a este Santo Arcángel al que dedicó un monumento en los jardines del Vaticano. Os recuerdo las significativas palabras que pronunció aquel 5 de julio de 2013: *Miguel -que significa ¿Quién es como Dios?- es la muestra del primado de Dios, de su trascendencia y poder. Miguel lucha para restaurar la justicia divina; defiende al pueblo de Dios de sus enemigos, y sobre todo del enemigo por excelencia, el diablo. Y San Miguel vence porque en él es Dios quien actúa. Esta escultura nos recuerda entonces que el mal ha sido vencido (...) En el camino y en las pruebas de la vida no estamos solos, estamos acompañados y apoyados por los ángeles de Dios, que ofrecen, por así decirlo, sus alas para ayudarnos*

---

*a superar muchos peligros, para ser capaces de volar alto en comparación con aquellas realidades que pueden hacer que nuestra vida sea pesada o que nos arrastren hacia abajo. En la consagración del Estado de la Ciudad del Vaticano pedimos a San Miguel Arcángel que nos defienda del mal y lo aleje.*

Os ruego que acojamos con generosidad este deseo del Santo Padre y que, bien en comunidad o solos, recemos el Santo Rosario. Aconsejo a los sacerdotes que les pidáis a los ancianos y enfermos que ofrezcan, además de sus dolores, esta oración pidiendo por la Iglesia, por el Papa y por los Obispos, especialmente por el de esta Iglesia particular.

Si en algún lugar falta la presencia del sacerdote, ruego que alguno de los fieles dirija la oración del Rosario de acuerdo con los consejos del Papa. A los sacerdotes que por razón de su ministerio tengan que atender varias comunidades cristianas, les aconsejo que al finalizar la Eucaristía, después de la bendición final, recen con los fieles por lo menos la oración mariana *Bajo tu protección*.

Con esta “cadena” de oraciones el Santo Padre desea que todos los fieles pongamos a la Iglesia bajo la protección de Santa María Madre, no solo para ampararla del maligno sino también para que jamás se vuelvan a repetir semejantes errores y horrores que nos avergüenzan y nos llenan a todos de dolor.

Que María, Madre de la Iglesia, nos ayude a seguir luchando por lograr la santidad en la vida ordinaria de tal modo que así seremos testigos elocuentes del rostro hermoso de la Iglesia.

Os pido que recéis por mí y os bendigo con afecto.



## Carta a los diocesanos sobre el Sínodo Diocesano

*Octubre de 2019.*

### ***Buscar nuevos caminos... y recorrerlos juntos***

#### ***Sínodo Diocesano en Ourense***

Después de haber visitado las parroquias, tanto del ámbito rural, de las villas, así como todas las parroquias de la ciudad - alguna de ellas en varias ocasiones - y siendo consciente de la situación real de muchas de las comunidades cristianas de nuestra Iglesia particular, me he dado cuenta de que siendo la misma Diócesis, las tareas pastorales y, en especial, la implantación del Plan Pastoral Diocesano, eran muy diferentes; en ocasiones, ni se había aplicado; era una manifestación clara de que se seguía en la dinámica de la *inercia pastoral*. Teniendo en cuenta esta perspectiva general de la pastoral diocesana y a la luz de la exhortación del papa Francisco *Evangelii gaudium* (2013); el 20 de marzo de 2016, fiesta de san Martín de Dumio, evangelizador de la antigua Gallaecia, por medio mi carta pastoral *Iglesia en camino "a lo esencial"*, invité a todo el Pueblo de Dios a que acogiera un *Sínodo diocesano*.

***Pero ¿por qué un Sínodo diocesano?:*** Era necesario invitar a todos, pastores, miembros de la vida consagrada y laicos, a volver la mirada sobre la vida y la actividad de nuestra Diócesis, una mirada de auténticos discípulos-misioneros y escuchar también a los seglares. Lo primero que hemos hecho ha sido conocer bien cuál es la situación de nuestra Iglesia particular, para ello hemos analizado su demografía, la situación de las parroquias del mundo rural y de las villas; la configuración de algunas parroquias del casco antiguo de la capital que están experimentando un cambio a causa del envejecimiento de sus fieles; realizamos un estudio acerca de los barrios y las periferias de la ciudad y de las villas más pobladas con el fin de poder dar una respuesta pastoral adecuada.

Y, para concretar nuestro *caminar juntos* nos hemos centrado en cuatro instrumentos de trabajo: 1.- *La parroquia: realidad, identidad y perspectivas de futuro*. 2.- *Una Iglesia en salida: acogedora, samaritana y transformadora en el corazón del mundo*. 3.- *Una Liturgia viva para una Iglesia gozosa*. 4.- *La educación en la fe*.

Esta experiencia sinodal, después de que hayan transcurrido 110 años del último Sínodo celebrado en esta Diócesis, ya está siendo una bendición de Dios por la respuesta positiva que ha encontrado en muchos fieles. Nos conmueve comprobar cómo se reúnen los grupos sinodales, de manera especial en el ámbito rural y en las villas, que a pesar de las incomodidades, han emprendido con ilusión esta vivencia eclesial de *caminar juntos, de caminar unidos*, como reza nuestro himno.



## Carta á Sociedade Filatélica Miño

*Novembro de 2018.*

Ao longo destes vinte oito anos a *Sociedade Filatélica, Numismática e Vitolfilica Miño* tense preocupado de axudarnos a recuperar a auténtica memoria histórico-artístico-cultural do noso pobo. Con ocasión da festa de san Martiño de Tours (316-397), padroeiro da nosa igrexa Catedral, da Diocese auriense e especial padroeiro da cidade e da súa provincia, non so nos ofrece a acostumada exposición de selos, moedas e bitolas, senón que tamén nos sorprende, un ano máis, cun selo especial onde se pon en valor e se da a coñecer a todos o enraizada que está a presenza da devoción a san Martiño entre as nosas xentes. Este santo, natural dunha zona xeográfica da actual Hungría, que seguindo os desexos paternos fíxose soldado romano ó servizo persoal do emperador. Convertido ó cristianismo fíxose monxe, máis tarde foi elixido Bispo e converteuse no evanxelizador das Galias (Francia) e en pacificador dos pobos. Cando alguén lle preguntou por que profesións pasara na súa vida, el respondeu: *fun soldado por obrigación e para cumprir con meu deber, monxe por vocación, e bispo á forza.*

A devoción a este santo nas nosas terras veu da man de san Martiño de Dumio, evanxelizador dos pobos suevos, antigos habitantes da *Gallaecia* romana. O seu impacto foi tan forte que en ocasiónes xa non se sabe a quen dos dous se venera. A iconografía do de Tours é indubidable cando aparece como cabaleiro romano que parte a capa cun pobre -xesto acaecido segundo as crónicas nas portas de Amiens e que o fixo tan popular-; sen embargo, cando aparece coa indumentaria de bispo, nalgúns casos sentimos una certa perplexidade. ¡Certo! O de Tours ten gañado en popularidade ó de Dumio, debido á forte influencia da haxiografía francesa con respecto á da antiga Hispania.

Nesta ocasión se nos ofrece a figura de san Martiño Bispo, santo titular dunha das antigas parroquias da Baixa Limia, próxima a la vila de Lobios e dentro del arciprestado de Bande, referímonos a san Martiño de Arauxo.

Agradecemos a esta Sociedade cultural que con tanto empeño e acerto nos axuda a recuperar, como xa dixen, a auténtica memoria histórica do noso pobo a través das súas representacións iconográficas; por outra parte, neste ano, únese a este feito a lembranza dun dos personaxes máis interesantes da sociedade ourensana, e me atrevería a dicir, da España de comezos do século XIX; refírome a D. Pedro Quevedo y Quintano, Cardeal-Bispo de Ourense (1776 - 1818). Durante este ano estamos celebrando o segundo centenario da súa morte. Houbéramos desexado que este acontecemento tivese un eco especial non so no ámbito eclesial senón tamén no social e cultural; sen embargo, son outros os intereses do momento. Unha personaxe como o Cardeal Quevedo vinculado non só á nosa

historia diocesana senón á de España é xusto que debера de ocupar un posto significativo nos eventos a celebrar ó longo de este curso. Felicito á Sociedade Filatélica, Numismática e Bitolfílica Miño porque ata o momento foi a única institución que manifestou un interese especial por esta figura tan significativa e, dende aquí brindo a miña colaboración a aquelas institucións que, antes de que finalice este ano, se comprometan a organizar algún xesto ou evento que sirva para facer auténtica memoria agradecida dunha personaxe tan importante como o Cardeal Quevedo que rexeu a Diocese auriense durante máis de corenta anos, deixando tras si obras elocuentes que son un reflexo vivo da súa preocupación, no só por esta cidade e por toda a Diocese, sino de fidelidade a esta terra ourensana onde quixo descansar ata a eternidade, así como pola súa santidad de vida.

Con afecto agradecido a todos.

## DISCURSOS

### Notas para el encuentro de profesores cristianos

*Laias, sábado 1 de diciembre de 2018.*

Queridos profesores y profesoras:

Ante todo quisiera agradeceros vuestra presencia que es, ante todo, una muestra de vuestro interés por encontraros con los demás -y esto ya es positivo- y, además, porque si estáis aquí es porque os sentís miembros activos de esta Iglesia diocesana.

- Destacar que como profesores, sean de Religión en los Centros Estatales, o profesores de diversas materias en los Centros Concertados Católicos (diocesanos o de congregaciones) **SOIS PARTE DE LA FAMILIA DIOCESANA.**
- Quisiera recordaros que sois el rostro de la Iglesia que educa y acompaña a los niños y jóvenes. **GRACIAS POR VUESTRA DEDICACIÓN.**
- Vuestra tarea es hermosa hoy en día pero se ha convertido en una profesión de riesgo debido, sobre todo, a las complejas situaciones que se están dando en nuestra sociedad.
- Los niños y los jóvenes se están convirtiendo en un bien escaso y, lo que es peor, en una especie altamente protegida.
- Cualquiera de los que estamos aquí en razón de nuestra vocación de servicio docente o pastoral se convierte en un sujeto que corre riesgo.
- Estamos de nuevo **en un momento de incertidumbre** para la Educación en España ante la perspectiva de una nueva ley de Educación. Y de manera artificial se pone en el centro del debate la presencia de la Religión en las aulas, o el cuestionamiento de enseñanza concertada.
- La **Iglesia no entra en el debate PARTIDISTA**, sino que está con el derecho a la educación, entendida de modo integral y ejercido por los padres, con libertad y en coherencia con sus ideas y credo, como responsables de sus hijos en colaboración con los profesores, formando entre todos la **COMUNIDAD EDUCATIVA**. La educación es **una cuestión social y un encuentro de libertades** (de todos los que forman esta comunidad educativa).
- **La Iglesia ha ofrecido durante siglos un servicio ingente en el campo educativo**, de modo particular en los lugares donde se detectaban serias carencias: pobreza y exclusión, situaciones de debilidad y vulnerabilidad, niñas y niños huérfanos o migrantes.
- Caminar hacia una colaboración escuela-familia-parroquia: **UNA SINODALIDAD EDUCATIVA.**

## Meditación-Retiro dirigido a la Asamblea de Arciprestes y Delegados del mes de octubre y al Consejo Presbiteral en su reunión de diciembre 2018

*No creáis que he venido a abolir la Ley y los Profetas: no he venido a abolir, sino a dar plenitud. En verdad os digo que antes pasarán el cielo y la tierra que deje de cumplirse hasta la última letra o tilde de la ley. El que se salte uno solo de los preceptos menos importantes y se lo enseñe así a los hombres será el menos importante en el reino de los cielos. Pero quien los cumpla y enseñe será grande en el reino de los cielos (Mt 5, 17-19).*

Mis queridos hermanos sacerdotes:

Estamos viviendo en la Iglesia unos momentos de especial tribulación. Muchos de nosotros nos preguntamos ¿Cómo es posible? ¿Qué ha pasado? ¿Cómo se ha podido llegar a cometer semejantes atrocidades que hasta nos da vergüenza nombrarlas?

Sólo un ciego puede decir que la Iglesia no esté atravesando un momento de confusión y de desorientación. ¡No es la primera vez que esto sucede! Ha vivido otros momentos como éste cuando parecía, como decía Dante, *una nave sin piloto en la más deshecha borrasca (Divina Comedia, Purgatorio, canto VI)*. Situaciones difíciles se han vivido en la Iglesia desde la misma época de los Apóstoles -recordad aquella escena en la que la barca en la que navegaban era azotada por el temporal y se encontraban en peligro de perecer (Mt 8, 23-27)- aquel incidente parecía presagiar otros momentos difíciles en su historia. Pero no podemos perder la esperanza en Jesús, el Señor, el resucitado está abordo.

Hace unos días, en uno de los encuentros que he tenido con algún hermano en el episcopado que ya lleva más de 25 años en el ejercicio del ministerio pastoral nos decía: *Le está pasando a la Iglesia algo similar a lo que le aconteció en la crisis luterana del siglo XVI*. Yo no sé si esto es así o no. Lo cierto es que, recordando aquel pensamiento de Teresa de Jesús en su lecho de muerte, os quisiera decir ante la presencia del Señor: *¡Es hora de caminar!* Sí, es hora de caminar porque el Señor nos está interpelando a través de todos estos acontecimientos. Nos llama a la conversión. Nos invita a redescubrir la alegría de nuestra primera entrega, cuando al salir del Seminario, con el corazón encendido y llenos de pasión evangelizadora estábamos dispuestos a ir al fin del mundo. ¡Y muchos de vosotros así lo hicisteis! Y hoy contáis aquellos momentos como si fuese una anécdota. ¡Y mira que lo pasasteis bien mal!

El Santo Padre, a los pocos meses de haber asumido el ministerio de Obispo de Roma y Pastor de la Iglesia Universal, nos obsequió con la exhortación pastoral *Evangelii gaudium*. Con ella, un aire nuevo entró en nuestras vidas sacerdotales y en nuestras comunidades. ¡Incluso en la opinión pública se nos decía que aquella

actitud del nuevo papa había dado lugar a conversiones, a cambios de actitud con respecto a la Iglesia! En aquel documento se nos hablaba de conversión pastoral y personal, de abrir nuestras comunidades y personas, de convertirnos en testigos creíbles y alegres. ¡Todo muy hermoso!

Esa llamada a una **nueva tarea evangelizadora** fue la motivación de nuestros proyectos pastorales, de manera especial el Sínodo Diocesano. ¡No se trataba de hacer por hacer! Ni siquiera se pensaba, ni tampoco lo pensamos en este momento, que lo que se ha hecho hasta ahora estaba mal o no sirve para nada. Pensar eso supondría por nuestra parte una gran necesidad. Cuando escuchábamos al papa Francisco o le leímos, en muchos de nosotros volvieron a resonar las palabras del beato Pablo VI: *El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan o si escuchan a los que enseñan es porque dan testimonio* (EN, nº 41). Y, también nos decía: *El hombre moderno, hastiado de discursos, se muestra con frecuencia cansado de escuchar y, lo que es peor, inmunizado contra las palabras* (EN, nº 42).

Este sentimiento lo captamos nosotros mismos. Nos damos cuenta todos los domingos y cuando preparamos una catequesis para los jóvenes, para los niños, incluso en las homilías, percibimos que ese pasotismo de nuestros hermanos laicos obedece, ciertamente, a muchos factores ambientales, culturales, sociológicos, etc. Parece que nos ha atrapado el desencanto. No sentimos el mismo ardor. Parece que pisamos tierra quemada. ¡No hay nada que hacer! ¡Nada! ¡Seguro!... Hace tan solo unos días finalizaban las novenas a la Virgen, bajo diferentes advocaciones ¡os habéis fijado la cantidad de gente que ha acudido a esos encuentros! También gente joven. Y todo esto a pesar de las insistentes noticias que repitiendo acontecimientos acaecidos hace años pretendía, ¡y siguen haciéndolo! convertir la Iglesia en **un contenedor de basura peligrosa**... Parece que el mensaje dirigido a nuestros niños y jóvenes, a las familias era éste: no os acerquéis a esos... son depredadores potenciales... Y, a pesar de toda esta porquería, nuestros templos se han llenado de fieles. Las procesiones fueron multitudinarias, los actos marianos seguidos por mucha gente de todas las edades... *¡Es tiempo de caminar!* Cuando nos encogemos y encerramos en nuestras seguridades es que nos falta fe, una fe vibrante.

No podemos perder la paz ni la esperanza. Recordad las palabras que el apóstol Juan dirigía a aquella comunidad cristiana que se encontraba acosada por todas partes: *Tened valor: yo he vencido al mundo* (Jn 16, 33).

Hermanos míos: en esta situación y a la luz del texto de la Palabra de Dios que nos han proclamado el Señor nos invita a varias actitudes: **ir a lo esencial, renovarse y comprometerse**:

1. **Ir a lo esencial**: no se trata de tirar todo por la borda; de dejar todo lo que estamos haciendo en nuestras parroquias, no debemos romper con todo, fijémo-

nos que Jesús no vino a abolir sino a *llevar la ley a su plenitud*. Ir a lo esencial es ir a lo profundo, a lo que cuenta y tienen valor para nuestra vida y la de nuestros hermanos/as. Lo esencial es aprender a ser discípulos, a ir a Jesús. El verdadero discipulado no es algo estático que se consigue en un momento determinado, como si fuese el diploma de la tesis doctoral. El verdadero discipulado es un continuo camino hacia Cristo. No se trata de apegarnos a su hermosa doctrina, sino que de lo que se trata es de luchar por conseguir una experiencia.

a. De la ***presencia amigable de Cristo*** .

b. Una ***presencia viva y operante*** del Señor en nosotros.

c. De un ***permanente aprendizaje*** por medio de la escucha de su Palabra. Una palabra que debemos escrutarla y dejaros interpelar por ella, cotidianamente. Nos puede servir el fragmento del Evangelio de la Eucaristía que celebramos todos los días.

d. No podemos pensar que ya sabemos rezar, que con leer la Liturgia de las Horas ya es suficiente. Si la oración personal ha sido siempre imprescindible en la vida de los cristianos para perseverar, en nuestro camino sacerdotal es una asignatura de la que debemos examinarnos todos.

2. **Renovarse:** en el contexto del Evangelio proclamado, al inicio de esta reflexión, vemos como Jesús se encara con aquellos especialistas de la ley para que se abran al espíritu de la Palabra de Dios y superen la rigidez y las seguridades; lo mismo nos puede acontecer a nosotros que estamos seguros en ***lo de siempre***, en esas ***inercias que nos paralizan***. La Iglesia, a través del papa, nos invita a la ***conversión*** pastoral que no será nada sin la ***conversión personal***. ***La renovación no nos debe dar miedo***. La Iglesia, la bella esposa de Jesucristo, eternamente joven, siempre está renovándose. Recordad aquello que hemos aprendido en el Seminario: ***Ecclesia semper renovanda!***

***Comienza un curso pastoral***, podemos caer en la tentación de pensar y creer-nos que ***es lo mismo de siempre*** y eso no es verdad:

- En primer lugar: no es lo mismo porque ni siquiera nosotros somos los mismos; es decir, somos un año más maduros... no somos los mismos, aunque lo pensemos. Incluso físicamente lo podemos notar.
- En segundo lugar: nuestro ministerio nos enseña que no todo depende de nosotros, ni de nuestros proyectos, ni de los planes que nos hemos trazado, no queremos reconocerlo pero sabemos que ***¡todo es gracia!***
- En tercer lugar: nuestra vida es un camino, que podemos recorrer de tres maneras:
  - Como camina el vagabundo.
  - Como lo hace el turista.
  - O bien, como lo hace el peregrino.
    - El vagabundo no sabe a dónde ir, no tiene una meta hacia la que diri-

- girise, camina como a la deriva. No tiene ningún punto de referencia.
- El turista da vueltas de un lugar a otro, recorre un territorio para visitar y ver -a veces para guardar en su cámara fotográfica- lo que él considera que debe visitar, pero sin arraigarse. En realidad el que hace turista sabe que esta manera de comportarse es como un paréntesis en la vida verdadera.
  - El que camina como un peregrino tiene una meta y, por consiguiente sabe a dónde tiene que dirigirse. Tiene una orientación en su vida.

Hermanos, ¿nosotros cómo nos movemos en la vida? Os invito a que lo hagáis con el talante de un peregrino que se deja sorprender todos los días por la Providencia del Señor. En este sentido ¿qué importante es para nosotros nuestra oración cotidiana! No la dejéis, no la recortéis, no la instrumentalicéis... Luchemos por ser hombres orantes. Aprendamos a descubrir que lo más importante en nuestra vida sacerdotal es nuestra oración. No nos olvidemos que de la calidad de nuestra oración dependen cosas muy grandes.

Tengo que darle muchas gracias a Dios porque al poco tiempo del ejercicio de mi ministerio en esta Iglesia, a una religiosa del Divino Maestro le llegó un eco de las graves dificultades con las que nos estábamos enfrentado desde los primeros días y me envió, con una nota, una especie de pequeña nave de metacrilato, que tenía grabado en la vela mi sello episcopal acompañado de una leyenda que decía: **Lo que tú seas, serán tus sacerdotes. Lo que tú y tus sacerdotes seáis, será tu Diócesis.** Constantemente lo tengo delante de mis ojos, en mi mesa de estudio.

Os lo recomiendo. Aplicad esto mismo a vuestra vida ministerial y os daréis cuenta de que las cosas se ven con otra perspectiva.

**3.-** La última idea es *comprometerse*, o como diría el papa Francisco: *involverse*. Hermanos, hemos oído que se nos ha dicho que la Iglesia no es *una aduana* por donde los fieles tienen que pasar tarde o temprano y deben cumplir con nosotros y pagar nuestras tarifas, o cumplir cuanto nosotros les digamos. No es eso. La Iglesia es esa realidad que quiere hacerse presente como una familia con las puertas abiertas, acogedora, como lo es el corazón de nuestro Dios que herido por nuestros pecados nos manifiesta su ternura y su misericordia. No podemos ser cristianos que alcen constantemente el lema *¡prohibido el paso!*, no podemos pensar que esta parcela, mi parroquia, es mía propia ¡es mi propiedad! La Iglesia no es nuestra, queridos hermanos, es de Dios; *Él es el dueño del templo y del sembrado; todos tienen cabida, todos son invitados a encontrar aquí y entre nosotros su alimento (...)* *Nosotros somos simples servidores. No podemos ser quienes impidamos ese encuentro. Al contrario, Jesús nos pide, como lo hizo a sus discípulos: Dadles vosotros de comer (Mt 14,16); este es nuestro servicio (FRANCISCO, Homilía en Medellín, 9 de septiembre de 2017).*

**¡Somos servidores!**



Nuestra Iglesia particular quiere ayudarnos mejor para que podamos ser mejores servidores. Dejémonos ayudar. Tenemos muchos recursos a nuestra disposición. ¡Descubrámoslos!

La exhortación del papa *Gaudete et exsultate* (*Alegraos y regocijaos*) es una prueba de lo que la Iglesia nos pide. Mejor, *el Señor lo pide todo, y lo que ofrece es la verdadera vida, la felicidad para la cual fuimos creados. Él nos quiere santos y no espera que nos conformemos con una existencia mediocre, aguada licuada* (GE, nº 1). De ahí arranca todo. Si nos tomamos en serio lo que la Iglesia nos pide, entonces tendrá sentido lo que hacemos, nos llenaremos de esperanza y alegría y transmitiremos a los demás el entusiasmo y la fascinación por Jesús y por su obra que es la Iglesia, en este caso, esta Iglesia que se visibiliza en estas tierras.

Tendrán sentido ***estos encuentros mensuales***. Es necesario reunirse. Estos encuentros aunque sólo sirvan para vernos, rezar juntos y departir juntos sobre algún asunto sobre el que ya hemos hablado mil veces, os puedo asegurar que encierran en sí una gran riqueza.

Potenciamos los ***retiros mensuales y los encuentros de formación***. Salgamos una vez más al encuentro de los hermanos que no van nunca. Recemos más por ellos. Busquemos la forma de ayudarles tanto directa como indirectamente. Lo sé, no es fácil. Pero es necesario que no perdamos la esperanza, tenemos que seguir llamando.

La ***nueva etapa sinodal*** es otra ocasión que el Señor nos concede. No podemos cerrarnos al gran bien que ya está haciendo en muchos corazones. De manera especial e nuestros hermanos laicos.

A la luz de la exhortación del papa *Gaudete et exsultate*, potenciamos más los Ejercicios Espirituales. Ahora que comienza el curso, busquemos en nuestra agenda los días adecuados para descansar y rezar. No nos dejemos quemar por las circunstancias, no me olvido de aquello que nos repetía el P. Carlos Amigo (Cardenal Amigo) en sus clases de Antropología Filosófica: *uno se quema en la medida en que es combustible*.

Luchemos contra el pesimismo y el catastrofismo que encierra, tantas veces, esa falta de visión sobrenatural sobre las personas y las instituciones en donde estamos implicados.

Hermanos sacerdotes: no estamos solos en esta peregrinación. Los santos, que son el más ***hermoso rostro de la Iglesia***, sus mejores hijos, están con nosotros, caminan a nuestro lado. No nos dejemos aplastar por las noticias, los comentarios, los blogs, etc. El papa Francisco nos invita, en los momentos de desasosiego, a *conversar con ella; esos nos consuela, nos libera y nos santifica. La Madre no necesita de muchas palabras, no le hace falta que nos esforcemos demasiado para explicarle lo que nos pasa. Basta musitar una y otra vez: Dios te salve María* (GE, nº 176).



## ARTÍCULOS

*“Un hombre para la eternidad” Mons. Quevedo Quintana,  
Cardenal-Obispo de Ourense (1776-1818)*  
Publicado en el diario La Región el 22 de octubre de 2019

Con el paso del tiempo la memoria frágil y limitada de los hombres nos hace caer en olvidos imperdonables. Las costumbres actuales, con las prisas de la era digital, nos impiden acoger, celebrar y recordar, activa y dinámicamente, a las personas y acontecimientos que hicieron grande nuestra historia.

Este año es el segundo centenario de la muerte del cardenal-obispo de Ourense, Mons. Quevedo y Quintano. Un hombre de Iglesia que ejerció su ministerio episcopal en la Diócesis auriense durante cuarenta y dos años, pero que, además, desempeñó un papel importante en la sociedad y en la política de su tiempo.

Él ha sido un pastor celoso de los derechos de su pueblo y, por extensión, de Galicia y España. Al repasar su biografía nos encontramos con un obispo valiente, bueno, fiel y caritativo al que tanto la ciudad de Ourense como toda su provincia le debe una gratitud imperecedera.

Habiendo nacido en Villanueva del Fresno (Badajoz), a los cuarenta años fue nombrado obispo de Ourense y no abandonó esta Diócesis hasta su muerte en 1818. Sus restos mortales descansan en la capilla mayor de nuestra Catedral de San Martín. A lo largo de su dilatada existencia fue un ferviente defensor de la soberanía del pueblo español sobre la Nación española, sobre todo en la crisis provocada por la intervención de Napoleón en los asuntos internos del Reino de España.

Él, por sus méritos, fue designado Presidente del Consejo de Regencia en uno de los momentos más tristes de la historia contemporánea de nuestro país. Fue nombrado arzobispo de Sevilla y renunció a esta sede metropolitana, lo mismo que a otros cargos de especial relieve. Ya anciano fue creado cardenal por el papa Pío VII en 1816, con la condición de no abandonar su Diócesis.

Pero, lo que le ha hecho grande entre las gentes sencillas y el clero fue su corazón caritativo y magnánimo, así como su vida austera y su comportamiento de pastor ejemplar, así como de una gran santidad de vida.

Acogió en la Diócesis a varios obispos refugiados, a cerca de trescientos sacerdotes franceses, huidos o expulsados de su país y los mantuvo a sus expensas. Buscó la paz y la concordia entre pastores y fieles, como en el caso de una situación crítica vivida en el obispado de Tui o en el de Braganza.

Fue proverbial la ayuda generosa a una multitud de familias castellanas que, como consecuencia de la persistente hambruna, buscaron refugio en esta Diócesis; asistió a las mujeres e hijos de los militares que estaban implicados en la guerra de la Independencia.

A todo esto se añade la tarea constante de reformador del clero, las visitas pastorales a las parroquias de la Diócesis, la fundación del seminario de San Fernando para la formación adecuada de nuevos sacerdotes. Éstos y otros muchos gestos y hechos hacen de su persona una luz y guía para el pueblo, al que lleno de esperanza en aquellos momentos difíciles.

No quisiera que mis palabras se entiendan como un lamento, pero sí desearía que sus inmediatos sucesores y sus colaboradores hubiesen iniciado el proceso informativo previsto para recoger aquellos datos más sobresalientes de su vida para poder incoar, en su día, el proceso de canonización. Al contemplar su figura veo en el cardenal Quevedo algunos rasgos similares al cardenal Marcelo Spinola, arzobispo de Sevilla, beatificado por san Juan Pablo II en 1985.

El cardenal-obispo de Ourense, D. Pedro de Quevedo y Quintano es un hombre para la eternidad, modelo de pastor y de auténtico servidor fiel y desinteresado del bien social y político del pueblo. Hoy, más que nunca, necesitamos hacer memoria de aquel que se ha hecho grande, sin pretenderlo, a través de su entrega generosa a su misión y, sobre todo, al servicio público al que, sin quererlo, fue llamado por los más ilustres de sus contemporáneos, entre ellos los reyes de la España del momento. Ourense bien debiera hacer presente a este hombre que, durante casi medio siglo, fue el centro sobre el que giró la vida y la actividad eclesial, social y política de nuestro pueblo y de sus gentes. Que esta pobre aportación sirva de despertador de todos aquellos que vivimos y formamos parte del pueblo ourensano.

## Prólogo al nº58 de la Revista Pastoralia, diciembre de 2018

### *Busquemos la Luz para ser luz*

La revista *Pastoralia* me ofrece, una vez más, la oportunidad de dirigirme a vosotros al comienzo del Aviento 2018. En esta ocasión se ha buscado un título muy sugerente que hemos encontrado, como acaece siempre, en la contemplación de la Palabra de Dios. *Caminemos a la luz del Señor* (Is 2,5). Seríamos los más necios de los mortales si se nos escapase de nuestra perspectiva la fuerte interpelación que estamos viviendo en la sociedad y, por ende, en toda la Iglesia. Incluso en la misma XV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos sobre *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional*, se hizo presente la dolorosa problemática de los “abusos” tanto de poder como económicos, de conciencia y sexuales, tal como queda recogido en uno de los puntos del documento final, en donde se afirma que este fenómeno *extendido en la sociedad, afecta también a la Iglesia y representa un serio obstáculo para su misión. El Sínodo reitera su firme compromiso para la adopción de medidas rigurosas de prevención*<sup>1</sup>. Por otra parte, el mismo cardenal Lorenzo Baldiseri, Secretario del Sínodo, al finalizar la Misa de clausura hizo pública una carta de los padres sinodales a los jóvenes en donde les dice *que nuestras debilidades no os desanimen, que la fragilidad y los pecados no sean la causa de perder vuestra confianza. La Iglesia es vuestra madre, no os abandona y está dispuesta a acompañaros por caminos nuevos, por las alturas donde el viento del Espíritu sopla con más fuerza, haciendo desaparecer las tinieblas de la indiferencia, de la superficialidad, del desánimo (...) Sois el presente, sed el futuro más luminoso.*<sup>2</sup>

Sea como fuere, estamos inmersos en una etapa llena de dificultades y de incertidumbres, pero también de retos para nuestra vida de fe. No podemos negar que en muy poco tiempo se ha generado en nuestros ambientes una sensación que nos avisa de que parece que estamos adentrándonos en un cambio de época, y esto nos desconcierta. Sin embargo, no podemos olvidar que somos hijos de una Iglesia particular que hunde sus raíces, fuertemente, en la tierra de nuestros pueblos y en los corazones de nuestras gentes. La Iglesia que - como me gusta repetir - peregrina en la fe por estas tierras ourensanas, desde antiquísimos tiempos, es para nosotros una madre fecunda que nos ilumina con la fe vivida de una manera, a la vez heroica y sencilla por muchos de nuestros antepasados, estoy seguro que alguno de ellos forma parte de ese *rostro más bello* de la misma Iglesia<sup>3</sup>. A pesar de la confusión y de las oscuridades socio-ambientales, la fe tras-

1 XV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, *Documento final*, nº 29 (27 de octubre de 2018)

2 *Mensaje de los Padres Sinodales a los jóvenes*, Domingo, 28 de octubre de 2018.

3 FRANCISCO, Exhortación apostólica *Gaudete et exsultate*, nº 9.

mitida por nuestros mayores es como esa luz que nos conduce a puerto seguro. Una luz que resplandece a través del testimonio de vida de los mejores hijos de nuestra Iglesia particular. Una luz que se hace patente en el testimonio silente de tantos sacerdotes y religiosas que nos han dejado camino de la luz eterna. En este sentido, y a modo de ejemplo, podemos afirmar que en este año estamos celebrando los doscientos años de la muerte de uno de los grandes pastores santos de nuestra Iglesia particular, evento que está pasando desapercibido. Me refiero al cardenal-obispo de Ourense don Pedro de Quevedo y Quintano (1776-1818). El testimonio de su vida ha sido luz y fuerza no sólo para el clero, los religiosos y los laicos de su tiempo, sino que fue un hombre valiente que supo mantener con firmeza sus principios buscando siempre el bien de las almas y el de la Nación<sup>4</sup>. Él, al igual que otros, fueron una presencia que no ha hecho ruido y que no buscó publicidad; es más, un aplastante silencio mediático se ha extendido sobre la historia de sus vidas. No ha habido nada que la mentalidad actual tuviera que reseñar; evidentemente, nada llamativo o escandaloso en sus vidas. En su existencia se hizo patente con mucha claridad la “santidad de la puerta de al lado”<sup>5</sup>. Por eso no fueron ni son noticia. Sin embargo, descubrimos de una manera elocuente que a través de esas vidas crucificadas por el signo de la muerte nos acercamos cada vez más a la Luz.

Por encima de la fuerza, a veces omniabarcante, de algunos medios de comunicación que se hacen eco de las ideologías que los impulsan y promueven, así como de las organizaciones sociales y políticas; a pesar de las estrategias poderosas de los *lobbies* y de algunos grupos internacionales que parecen mover las inteligencias y los corazones de los hombres y mujeres de nuestro pueblo, incluso de nosotros mismos, podemos afirmar con el pensador norteamericano Peter Kreeft, que no nos podemos quedar en lo que constatamos y vemos, sino que necesitamos ir más allá, al fondo de todos los sistemas en donde encontramos al verdadero enemigo del hombre y de Dios, a aquel que se viste de *ángel de luz* y es *padre de la mentira* (Jn 8,44), que aparece perfectamente retratado en el Evangelio<sup>6</sup>. En este mismo sentido, el papa Francisco, desde esa atalaya excepcional que es el ejercicio de su ministerio como Obispo de Roma y Pastor de la Iglesia Universal, nos ha ayudado a desenmascarar, con la sencillez y claridad que le caracteriza, a aquel que es

---

4 Cf. GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel, *La Biografía inédita del cardenal Quevedo de Don José de Uraga*, Edit. Archivos Capitular y Diocesano, nº 54, Ourense 2018; Cf. HERNÁNDEZ FIGUEIREDO, José Ramón, *El cardenal Pedro de Quevedo y Quintano en las Cortes de Cádiz*, Madrid 2012.

5 Cf. FRANCISCO, Exhortación apostólica *Gaudete et exsultate*, nº 7.

6 Cf. KREEFT, Peter, *Como ganar la guerra cultural*, Madrid 2017, pp. 35-39.

enemigo de la Luz de Cristo y de su obra redentora<sup>7</sup>.

La invitación que se nos hace en este Adviento 2018 a *caminar a la luz del Señor*, es aquella que, desde siempre, nos dirige la Madre Iglesia y nos ayuda a buscarla. Recordemos el texto de la Escritura: *El Pueblo que camina en tinieblas vio una luz grande* (Is 9, 1). Como creyentes, cuando nos acercamos a la Palabra de Dios con el corazón abierto y libre de prejuicios, nos damos cuenta de las lecciones de esperanza que brotan de su lectura. En la época del profeta Isaías - uno de los personajes bíblicos que nos acompañará a lo largo de este tiempo litúrgico - el Pueblo de Israel está viviendo unas circunstancias graves y dramáticas, al encontrarse oprimido por los poderosos de este mundo y por sus leyes *ilegales*; en esta situación el profeta, como un gesto de esperanza, grita al pueblo para que contemple con los ojos del espíritu, proyectados en el futuro, *una Luz grande*. En realidad, esa Luz es la misma persona que María trae a la historia de este mundo en medio de la más absoluta precariedad (cf. Lc 2, 4-7; Mt 1, 23); aquella misma luz que guiará la vida y los pasos de los Magos (cf. Mt 2, 9-11). La luz que crea y da sentido al mundo y a todos los que en él habitan (Jn 8, 12).

Esa luz es la misma que ha fascinado a los santos, ellos son el *rostro más hermoso de la Iglesia*<sup>8</sup>. Un signo de ello lo encontramos en uno de los pastores recientemente canonizados, me refiero al san Pablo VI. Cómo nos cautivan esos pensamientos que aparecen en su *Testamento*; en él nos dice, con la belleza propia de su estilo: *Fijo la mirada en el misterio de la muerte y de lo que a ésta sigue en la luz de Cristo, el único que la esclarece; y por tanto, con confianza humilde y serena. Percibo la verdad que para mí se ha proyectado siempre desde este misterio sobre la vida presente, y bendigo al vencedor de la muerte por haber disipado sus tinieblas y descubierto su luz*<sup>9</sup>. Y, en otro texto, de un extraordinario lirismo, afirma: *Ciertamente, me gustaría, al acabar, encontrarme en la luz*<sup>10</sup>. De una manera emblemática, como bien sabemos, el papa Montini falleció el día de la Transfiguración del Señor, fiesta litúrgica en la que se nos invita a penetrar, con temor y temblor, en el misterio del Dios que es *Luz de Luz*<sup>11</sup>.

7 Cf. FRANCISCO, Conclusión de la XV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos sobre *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional*. Palabras improvisadas del Papa en la que afirma: *Es el momento de defender a la Madre, y a la Madre se la defiende del gran acusador con la oración y penitencia. Por eso pedí en este mes que termina, en pocos días, de rezar el rosario, rezarle al arcángel Miguel, rezarle a la Virgen para que cubra siempre a la Madre Iglesia. Sigamos haciéndolo*. (27 de octubre de 2018).

8 Cf. FRANCISCO, Exhortación apostólica *Gaudete et exsultate*, n° 9.

9 PABLO VI, *Testamento*, en *L'Osservatore Romano*, Edic. en lengua española, Año X, n° 34 (20 de agosto de 1978).

10 *Ibid.*, *Meditación ante la muerte*, en *L'Osservatore Romano*, Edic. en lengua española, Año XI, n° 32 (12 de agosto de 1979).

11 Artículo del Símbolo Niceno-constantinopolitano.

En este momento de la Historia de la Iglesia, san Pablo VI quiere convertirse en un faro luminoso que nos ayuda a renovar nuestra esperanza y la ilusión en nuestro camino del Adviento que, en realidad es una metáfora de la vida misma, ya que mientras existimos en esta nuestra situación frágil y contingente, la doctrina de este papa santo nos da una nueva luz sobre la Iglesia (*Ecclesiam suam*), la Eucaristía (*Mysterium fidei*), sobre el auténtico progreso de los pueblos (*Populorum progressio*); y en las circunstancias actuales, en las que se vuelve a poner en cuestión el ministerio sacerdotal y de manera especial la vivencia del celibato apostólico, es plenamente actual su encíclica *Sacerdotalis caelibatus*, lo mismo que su doctrina acerca del amor y de la vida (*Humanae vitae*). Por otra parte, no podemos olvidar que en esta *nueva tarea evangelizadora* la *Evangelii nuntiandi*, de este papa santo, sigue siendo el documento de referencia para toda la pastoral de la Iglesia.

La invitación que nos hace el Adviento a *caminar a la luz del Señor* nos sitúa en la verdadera y auténtica perspectiva del misterio de Dios que se hace hombre para convertirse en luz del mundo. Esa luz, bajo cuyo resplandor caminamos, no es una realidad abstracta, sino que se trata de la persona del mismo Dios que *nos enriquece con su pobreza*, es decir, con el misterio fecundo de su Encarnación (Cf. 2 Cor 8,9). Adviento, por consiguiente, es un momento que se distiende en el tiempo, para intensificar la búsqueda de la luz, pero este proceso sólo podemos lograrlo si nos esforzamos por vivir la pobreza cristiana. Sólo haciéndonos pobres seremos capaces de descubrir en “el otro” al que es Luz. Este proceso que nos lleva a penetrar, paulatinamente, en el misterio de ese Dios que se hizo pobre - carne - por nosotros, nos invita a caminar juntos, haciendo vida propia la auténtica experiencia de la Iglesia, que es comunión; en este sentido, qué mejor camino que participar con más intensidad en los grupos sinodales, o bien, si no podemos, arropar con la oración esta experiencia eclesial.

Por otra parte, viviendo con autenticidad el Adviento nos llevará a replantearnos las próximas fiestas natalicias con mayor austeridad y así podremos ser más solidarios con tantos hermanos necesitados ¡No están los tiempos para tanto despilfarro cuando a las puertas de nuestro corazón están llamando tantos hermanos! ¡*Caminemos a la luz del Señor!* No es sólo una hermosa invitación, sino que es un proyecto que nos empuja y anima a recorrer el camino de nuestra existencia cristiana cara a la Luz. Para ello es necesario luchar por lograr un corazón con ansias de conversión de tal modo que así se haga realidad en nuestra vida la vocación de un auténtico discípulo-misionero que sabe descubrir que si por la cruz se va a la Luz, por medio de una existencia pobre - como aquella que se vivió en Belén - se llegará a Aquel que es la verdadera *Luz del mundo* (Jn 8,12), la única que puede transformar la existencia de todos los pueblos y de sus gentes, y se cumplan las palabras del Señor: *Brille así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos* ( Mt 5, 16).

## EN LA REVISTA DIOCESANA COMUNIDADE

**Octubre**

### *Amar a la Iglesia*

Cuando Cristina me recordó que tenía que escribir la carta para la Comunidad de octubre, casi de forma inmediata se hizo luz esta realidad: la Iglesia. Una Iglesia que es familia en la que he nacido y crecido, donde fui educado y en la que he recibido los regalos inmerecidos de los sacramentos. Una Iglesia que siento que me rodea y acompaña, una Iglesia que me fascina con la belleza de la vida de sus mejores hijos. ¿Por qué escribiros sobre la Iglesia? Porque siento que no la estamos tratando bien, a veces hablamos de ella como si fuese cualquier cosa, alguien que no tiene nada que ver con nosotros, o si tiene alguna relación, es con obispos, curas y monjas. Me duele cuando algunos pretenden convertir a la Iglesia en un contenedor de basura, llena de corruptos y depredadores de los que es necesario mantenerse a distancia. Qué dolor cuando en la historia pasada o reciente de la Iglesia algunos que han recibido tanto de Ella y por Ella la han manchado y profanado tan dolorosamente en los niños, los jóvenes y las personas más vulnerables. Nos tiene que doler el sufrimiento de la Iglesia pero bien es cierto que ese no es el auténtico rostro de mi *Madre la Iglesia Santa*. Cuando escribía estas letras vino a mi recuerdo la figura del papa Pablo VI, que va a ser canonizado el próximo 14 de octubre y reviví el fuerte impacto que me produjo la lectura de su “testamento espiritual” y de su “pensamiento en la muerte”. En medio de las circunstancias que estamos viviendo me conmueve aquello que leí cuando era seminarista. Esto sí que es querer a la Iglesia. Amarla de veras.

El papa de Concilio decía sobre la Iglesia: *Siempre la he amado (...) y por ella, no por otra cosa, me parece haber vivido. Pero quisiera que la Iglesia lo supiera (...) Quisiera comprenderla totalmente, en su historia, en su designio divino, en su destino final, en su composición compleja, total y unitaria, en su humana e imperfecta consistencia, en sus desgracias y sufrimientos, en las debilidades y las miserias de tantos de sus hijos, en sus aspectos menos simpáticos, en el esfuerzo perenne de fidelidad, de amor, de perfección y de caridad. Quisiera abrazarla, saludarla, amarla en cada ser que la compone, en cada obispo y sacerdote que la asiste y la guía, en cada alma que la vive y la ilustra.* Aprendamos la lección de los santos, los rostros más hermosos de la Iglesia, que nos ayudan a querer a esta gran familia en la que somos, nos movemos y existimos. Ellos, como el beato Pablo VI, fueron conscientes de que a Ella le debían todo por eso lucharon a lo largo de su vida por hacer más expresiva la naturaleza y la misión de la Iglesia. Que estas palabras os ayuden a crecer en un amor efectivo a la Iglesia Santa de Dios, para que camine libre de ataduras y de esclavitudes humanas siendo cada día más fiel en su amor a Jesucristo. Aprovecho esta carta para invitaros a todos los diocesanos a la Misa de Acción de Gracias que



celebraremos en la Catedral de San Martín el día 26 de octubre a las 20:00 horas, con motivo de la canonización de S.S. Pablo VI.

Me encomiendo a vuestras oraciones

*J. Leonardo Lemos Montanet*

*Bispo de Ourense*

## **Noviembre**

### ***San Pablo VI: testigo de amor a la Iglesia***

¡Queridos amigos! Con gozo hemos asistido, espiritualmente, a la canonización de Pablo VI. Este acontecimiento ha tenido lugar el pasado 14 de octubre dentro del marco de la XV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos sobre *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional*. La declaración oficial, por parte de la Iglesia, de la santidad de vida de aquel que ejerció como “siervo de los siervos de Dios” y, por consiguiente, como Obispo de Roma y Pastor de la Iglesia Universal desde 1963 a 1978, ha sido como una respuesta agradecida que la misma Iglesia ha tenido con aquel que la amó tanto. Son muchos los temas que podríamos destacar en la vida de este papa santo: diálogo, paz, ecumenismo, sinodalidad, pobreza, autenticidad, concilio, fidelidad, etc. Sin embargo, existe uno que de forma transversal recorre no solo su pensamiento, sino toda su vida: el amor a la Iglesia. Y es precisamente este amor el que necesitamos descubrir todos, de manera especial en este momento delicado en el que se pretende manchar y, hasta profanar, el buen nombre de la Iglesia; no sólo desde fuera, sino desde dentro de su mismo corazón. La Iglesia ha sido su gran amor. A ella consagró toda su vida. Una Iglesia a la que nos enseñó a amar y trató de dar a comprender con todas sus fuerzas. San Pablo VI: testigo de amor a la Iglesia desde la primera de sus encíclicas: *Ecclesiam suam* (6 de agosto de 1964) en la que nos habló del *misterio de la Iglesia*, ya en aquel documento profético -cuya lectura meditativa os aconsejo- nos hablaba del anhelo generoso y casi impaciente de renovación. Resulta aleccionador constatar, actualmente, cómo el papa Francisco nos habla ahora de conversión personal y conversión pastoral. Sin tener delante de sus ojos los graves problemas que hoy pretenden machar el bellissimo rostro de la Santa Iglesia, san Pablo VI recordaba *cuál es el deber presente de la Iglesia de corregir los defectos de los propios miembros y hacerlos tender a mayor perfección y cuál es la vía para llegar con sabiduría a tan gran renovación*. Ya en aquel entonces, trazaba las líneas principales de las que pudieran ser claves de la santidad de los pastores y de los demás fieles: espíritu de pobreza, de caridad y un auténtico diálogo hacia dentro de Ella misma y con el mundo que le rodea. Sus consejos siguen siendo de perenne actualidad. La belleza del rostro de la Iglesia, regalo de Dios al mundo, también

es obra de la santidad de los hombres y mujeres que la constituyen y la sienten como su familia. Si en el primer documento dirigido a todo el mundo, apenas un año después de su elección como Obispo de Roma, se centra en el amor a la Iglesia; su último escrito, aquel que pudiéramos denominar como su testamento espiritual, está todo el transido de ese amor a la Iglesia. En la parte conclusiva de su “Pensamiento en la muerte”, vuelve a manifestarnos: *podría decir -escribe- que siempre la he amado (...) y que por ella, no por otra cosa, me parece haber vivido. Pero quisiera que la Iglesia lo supiera.* Se nos muestra como un corazón vibrante, lleno de auténtica pasión y concluye: *quisiera finalmente comprenderla totalmente, en su historia, en su designio divino, en su destino final, en su composición compleja, total y unitaria, en su humana e imperfecta consistencia, en sus desgracias y sufrimientos, en las debilidades y las miserias de tantos de sus hijos, en sus aspectos menos simpáticos, y en el esfuerzo perenne de fidelidad, de amor, de perfección y de caridad (...)* Quisiera abrazarla, saludarla, amarla, en cada ser que la compone, en cada obispo y sacerdote que la asiste y la guía, en cada alma que la vive y la ilustra; bendecirla. Y en las últimas palabras de ese documento, se dirige a Ella como si se tratara de su propia esposa, la compañera de toda una vida: *a la Iglesia, a la que le debo todo y que fue mía, ¿qué le diré? Que Dios te bendiga, sé consciente de tu naturaleza y de tu misión, ten conciencia de las verdaderas y profundas necesidades de la humanidad; y camina pobre, es decir, libre, siendo fuerte y amando a Cristo.* Sólo quisiera subrayar esta última visión de la Iglesia “pobre y libre”, porque así debe ser la comunidad eclesial para poder hablar a la humanidad contemporánea. La clave para solventar los problemas que nos aquejan está trazada por los mejores hijos de esta Iglesia: ¡los santos! Entre ellos san Pablo VI ¡sigamos sus huellas y vivamos sus consejos!

Se encomienda a vuestras oraciones y os bendice con afecto.

*J. Leonardo Lemos Montanet*

*Bispo de Ourense*

## Diciembre

### **¡Haz tú lo mismo!**

Te escribo estas letras al anochecer de la Jornada de los pobres (domingo 18 de noviembre), establecida por el papa Francisco. Sé que esta Comunidad llegará a tus manos a lo largo del mes de diciembre, tiempo propicio para prepararnos bien a la venida del Señor que celebramos en Navidad. En realidad, desde la perspectiva de la fe, todos los días son Navidad, porque en cada momento el Dios con nosotros quiere nacer y renacer en nuestras vidas. El Adviento es una ocasión que nos ayuda a crecer en esperanza y esta virtud es imprescindible para caminar en la luz. En una sociedad como la nuestra los creyentes tenemos que ser luz en

medio de las muchas oscuridades con las que parece que se intenta aplastar nuestra existencia y la de nuestros hermanos. El Evangelio es un libro, más que un libro, a través del cual nuestra vida descubre ese caudal inagotable de actuaciones. El Evangelio vivo, que es el mismo Jesús, quiere potenciar nuestro ser y nuestro actuar. Por eso siempre que puedo recomiendo que se le entregue a los niños y los jóvenes ediciones apropiadas del Evangelio, soy consciente de que cuando nos acercamos a su lectura con el corazón abierto se convierte en un fuerte despertador de nuestras conciencias y sentimos que nos repite: ¡haz tú lo mismo! Sí, tenemos que hacer lo mismo que Jesús mirando y sintiendo a todos como lo que son *hijos de Dios* y, por consiguiente, hermanos nuestros aunque no lleven nuestro mismo apellido. La próxima Navidad nos invita a saber mirar a nuestro alrededor y contemplarla como desea el mismo Jesús que lo hagamos; si obramos así nos daremos cuenta de cuántos necesitados encontramos, no sólo de bienes materiales, sino de atención y cariño. ¿Nos hemos parado a pensar, alguna vez, a cuántos de nuestros vecinos o conciudadanos podemos saludar y desearle los *buenos días*, o las *felices Pascuas*? ¿A cuántos podemos sonreír y preguntarles *cómo les va*? Los cristianos tenemos que hacer guerra a la indiferencia, porque siempre termina matando lo más humano de nuestro corazón. El cristianismo bien vivido es como la levadura en la masa, que hace fermentar todo lo que toca, y en todos los lugares donde se encuentra un cristiano coherente, siempre termina dando fruto, aunque no lo veamos. Si seguimos a Jesús, nuestros pecados y miedos al qué dirán, nos daríamos cuenta de los amplios horizontes que se abren delante de nosotros mismos. Yo quisiera invitaros a que descubramos las muchas necesidades que encontramos allí donde vivimos y nos dejemos interpelar por esa Palabra que nos repite incansablemente: ¡haz tú lo mismo! Permíteme sugerirte algunas posibles acciones que te pueden ayudar a ti y a los tuyos a convertir la Navidad en una realidad viva. ¿Acaso no podríamos colaborar con Cáritas Diocesana, o con la de nuestra parroquia, bien con nuestro donativo generoso -sacándonoslo de los regalos con que esperamos regalarnos a nosotros mismos-, o bien con una aportación voluntaria de nuestro tiempo gastando en la TV, o en navegar por las redes? ¿No podríamos convertir como criterio de conducta la austeridad de vida consumista? Aunque sólo fuese el regalo de una sonrisa o un comentario más positivo ya estaríamos convirtiendo nuestra vida en una realidad más luminosa, más propositiva, más cristiana. Obrando así convertiríamos la Navidad en una realidad más viva y el Adviento en un camino de esperanza cuyo criterio de actuación sería: ¡haz tú lo mismo que Jesús! Con afecto os desea lo mejor en estas próximas Fiestas a vosotros y a vuestras familias.

Con mi bendición y ¡rezad por mí!

*J. Leonardo Lemos Montanet*

*Bispo de Ourense*